

La Ilustración



Artística

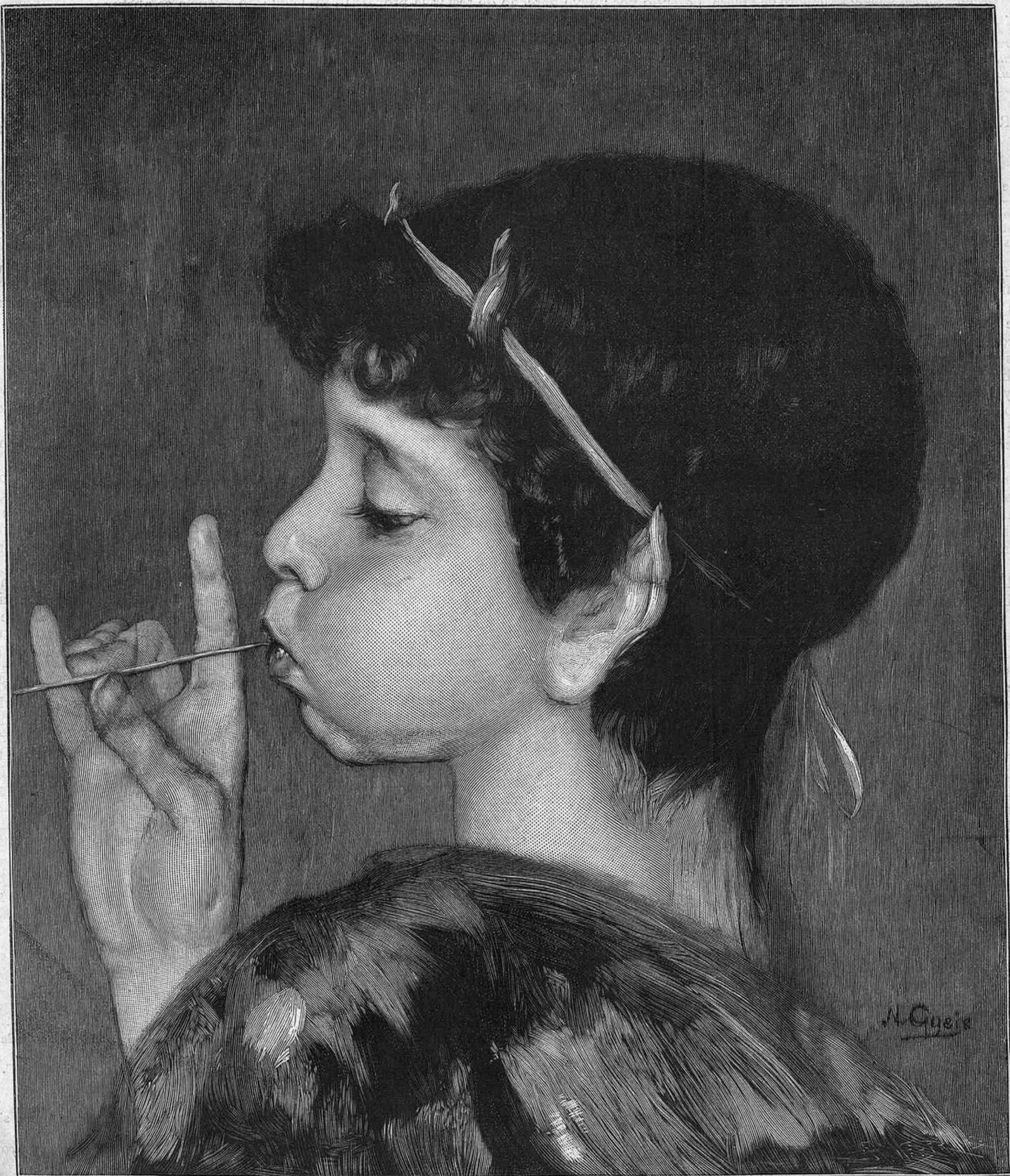


Año XVIII

BARCELONA 27 DE FEBRERO DE 1899

Núm. 896

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



SÁTIRO, cuadro de N. Gysis

SUMARIO

Texto. — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Pensamientos.* — *Jacinto Octavio Picón*, por Kasabal. — *Divorcio moral*, por Jacinto Octavio Picón. — *Frases populares.* — *Fatal como la caja de Pandora*, por Lope Barrón. — *Flores centroamericanas.* — *Crónica parisiense.* — *Escenas de la vida militar*, por Juan B. Enseñat. — *Nuestros grabados.* — *Necrología.* — *Problema de ajedrez.* — *Inseparables*, novela (continuación). — *Carlos Federico Claus.* — *Día de borrasca.* — *Libros recibidos.* — *Comparación entre las escuadras de las grandes potencias.*

Grabados. — *Sátiro*, cuadro de N. Gysis. — *Jacinto Octavio Picón.* — *Los intérpretes de «La Walkyria» en el Liceo de Barcelona*, composición y dibujo de J. Passos. — *Flores centroamericanas*, grupo fotográfico de D. A. G. Valdeavellano. — *Dos dibujos de S. Apiazu* que ilustran la *Crónica parisiense.* — *Amparo de los caminantes*, cuadro de Federico Uhde. — *Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Jaime Catalá y Albosa, obispo de Barcelona.* — *Chepa*, estudio escultórico de Prudencio Murillo. — *M. Félix Faure, presidente de la República Francesa.* — *El ilustre naturalista Carlos Federico Claus.* — *Día de borrasca*, cuadro de Jorge Belloni. — *Comparación entre las escuadras de las grandes potencias: Gran Bretaña, Francia, Rusia, Estados Unidos, Alemania, Italia.*

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Proyectos del emperador Guillermo. — Un discurso ante los caballeros de Brandeburgo. — Temores de conflictos armados en Europa. — Necesidad de reconstituir el partido liberal inglés. — Trabajos conducentes a tal resultado. — Agitación en Oriente. — Muerte del presidente de la República Francesa. — Conclusión.

Los ensueños del emperador alemán relativos al engrandecimiento militar y a las empresas acariciadas en Jerusalén y Bizancio, no empecen á que Guillermo II hable y pronuncie discursos históricos, bien ajenos á la comisión imperial y á las voces de mando, naturales en quien lleva sobre sus hombros el arriño y el brocado pluvial de Carlomagno. El emperador, muy empapado, merced á la peregrinación última, en épicos recuerdos universales, ha retenido los vuelos de su elocuencia y parádose con amor sobre aquel terruño de Brandeburgo, nido de gleba feudal, donde los caballeros teutones empollaron en una pobre fangosa marca el águila que se levanta sobre las tribus germánicas y sobre los romanos trofeos. En su afán de cultivar la comparación y demás imágenes enseñadas por catedráticos de artificiosa retórica, el emperador ha comparado su militar imperio con un jardín, olvidando cómo cualquier malicia pudiera decir que se crían en el jardín fusiles y no árboles, balas y no frutas, muchos explosivos y ninguna flor vivificadora y bien oliente. Después se ha llamado jardinero de tal edén idílicamente, queriendo sin duda compararse con los pastores de aquellas antiguas églogas, los cuales llevaban en la mano un cayado de oro fino y en las espaldas un zurrón de blanco encaje que llenaban versos de amor y pastoriles novelas. Después de haberse comparado con los pastores del género idílico, se ha comparado con el arcángel San Miguel, mejor vestido y armado todavía que Lohengrin; la espada en el puño, la cota en el pecho, al brazo la rodela de acero, á la cabeza el casco de oro y á los pies el diablo. Tras esta comparación de dudoso gusto ha dicho una gran verdad al decir que quiere formar una Germania de bronce. Y con efecto, de hierro ya la tiene. Con tanto sable templado en aguas que los aceran y afilan de un modo extraordinario; con tanto cañón que parecen forjados en las fraguas mismas de Vulcano; la mitología de guerra; los dioses de combate; los armamentos excesivos; el Estado de imperio militar, no hay sino reconocer que lo domina todo la fuerza y que vamos á erigir sobre la gran Europa en ruinas el régimen violento y brutal de la conquista.

**

El contagio belicoso de tal manera se ha extendido, que vemos los republicanos de América, sin dar crédito casi á nuestros ojos, trocados en verdugos; y los libres, los trabajadores, los mercantiles y pacíficos ingleses, cooperando á la infamia de sus hijos, trocados en ayudantes de tan terribles verdugos. Así parece que todo ideal de libertad se ha borrado en los cielos británicos, y que la escuela de Manchester con sus impulsos humanitarios ha desaparecido de allí para siempre, devorada por la ingratitude increíble

de un irreparable olvido. Por todas partes el imperalismo; por todas partes la conquista. Si los ingleses pudieran, cerrarían el paso desde las aguas del Cabo hasta los desagües del Nilo á todo ser humano que no perteneciese al pueblo británico, cual han hecho en Fachoda. Si pudieran, retrollevarían á pasados tiempos la independencia del Transvaal, como intentaron piratas y filibusteros inolvidables en una irrupción criminal contra los boeros, con aplauso mal recatado de Inglaterra. Y á este mismo tenor se levantarían en sus ambiciones con aqúistamientos de territorios, desde los campos de Gibraltar hasta los campos de Birmania: nefastas ambiciones, las cuales podrían volvernos á la barbarie después de haber incendiado el planeta. La plaga toma tal extensión y tantas proporciones, que se hallan tocados de imperalismo, así el nuevo jefe de la escuela radical, Rosebery, como el viejo tribuno de la plebe comunista, Chamberlain. Y se necesita un partido liberal inglés que recuerde los principios humanitarios, por cuya virtud ha brillado Inglaterra con brillo sobrenatural en esta centuria; que combata en el país de Gales, como ha combatido en Irlanda, una iglesia luterana del Estado; que desvincule las vinculaciones, extendiendo por nuevo derecho de testar la propiedad individual; que penetre de lleno en el sufragio popular; que sustituya la red férrea de conquista, cada vez más extensa y más calamitosa para el mundo entero, con una sedosa malla de mercados, so la cual se despunten las homicidas bayonetas hoy caladas para el combate y prosperen los frutos divinos del trabajo.

**

La resolución colectiva, que destituye á Rosebery de la jefatura del partido por sus tendencias imperialistas; la prudente retirada de Harcourt, que da largos compases de muy necesaria espera hoy á la reorganización progresista; el nombramiento de una interinidad con propósito de que las fuerzas liberales se rehagan y presenten un frente de batalla en las venideras elecciones muy formidable, restituirán á Inglaterra su viejo partido radical; el que pugnó por Grecia y por Italia; el que devolvió las islas jónicas á su madre patria; el que rehizo Bulgaria; el que destituyó la iglesia protestante impuesta como insoponible yugo á la ortodoxa Irlanda; el que admitió su espíritu innovador de la Revolución Francesa; el que antepuso á los egoístas intereses de raza y de terruño los generosos ideales que prosperan á toda la humanidad con su luz y su calor, así como impelen una evolución progresiva, la cual transforma todos los átomos fríos en ardiente vida y cristaliza en los tiempos y en los espacios reales todas las progresivas ideas. Y cuenta que necesita un grande factor de paz Europa entera, por acercarse, allá en Oriente, dificultades y urdirse nudos, los cuales, en el sentir de muchos espíritus cavilosos, no pueden resolverse sino por el cortante sable de la guerra. Los árabes del Yemen pelean como en las edades cruentas de Atila y Tamerlán; los montañeses de Macedonia se mueven como si desearan bajar de nuevo al Peloponeso é ir á la vieja Tracia, en requerimiento aquí de la musa Hélide, allá de la diosa Minerva; los bosnios dejan de asistir á sus iglesias y provocan un cisma por no asentir al Fanar de Bizancio; afilan los albaneses sus puñales y se cargan el cinto de pistolas, mientras Austria y Bulgaria y Serbia y Rumanía y Grecia compiten y emulan en captar Salónica, resuelta por ser una especie de anseática ciudad, redimida de ambiciones y de ambiciosos.

**

Escribiendo estas historias, me corta el hilo de mi narración una triste noticia: la muerte de Faure, presidente de la República Francesa. Mal sino la Presidencia tiene. Si exceptuamos al buen Grevy, que llenó su primer período presidencial y obtuvo una reelección, los demás presidentes se han ido sin llenar y cumplir su plazo legal. Thiers se fué, despedido por la reacción de Versalles, que no quería la República en Francia y tuvo que tragarla. Mac-Mahón se fué, arrojado por las impaciencias republicanas, temerosas de que diera un golpe de Estado y se alzara con el santo y la limosna. Certera puñalada de un asesino italiano cortó la vida de Carnot, frío y correcto. El furor desencadenado en la izquierda republicana contra las significaciones conservadoras de Perier dieron á su presidencia, ofrecida con caracteres de fuerza, una extrema fugacidad. Faure parecía destinado á durar los siete años prescritos por la Constitución. Pero no lo ha querido la muerte. Muchas y varias felicidades le acompañaron durante el período primero de su gobierno. En lo interior se llegó á una pacificación de las gentes más levantiscas encerradas en

sus periódicos y en sus clubs como las fieras en sus jaulas, mientras por una sabia política, graduada con método, se llegaba en lo exterior á la inteligencia y á la concordia entre Francia y Rusia. El cenit de tal política se vió el día en que llegó á París el czar, ese dios asiático de tantos pueblos esclavos, litúrgico ídolo, y tuvo que inclinar la divina persona y la diadema imperial ante un curtidor, que con sus manos adobara pieles, y subiera, plebeyo y trabajador, desde los más hondos abismos sociales, por cuyos senos las generaciones pasan, como las olas por los abismos del mar, de anónimas é ignoradas, á las altas cumbres del poder y á las mayores cimas del Estado, sin más título ni más derecho que una designación de la voluntad nacional.

**

Pero esta felicidad pasó pronto. En lo interior suscitóse la difícil y laberíntica cuestión Dreyfus, en lo exterior la intrincada y humillante cuestión Fachoda. Por la primera se perdió la paz tan saludable de los ánimos, por la segunda se perdió la fe viva en los resultados de la inteligencia franco-rusa. Con muy buen acuerdo Francia se abstuvo de tratar cuestiones candentes, dado por concluido el período de las cuestiones constitucionales y por definitiva su constitución: un oficial cautivo en los islotes de mar lejano puso en peligro su estabilidad, removiendo y quebrantando desde las bases del ejército patrio hasta las bases del Tribunal Supremo. Lo mismo que hiciera en la cuestión interior hizo Francia en la cuestión exterior: abstuvo de suscitar problemas europeos. Pasó como sobre ascuas sobre las incidencias de Madagascar, y colgó sus armamentos hasta que sonase la hora de aprovechar sus alianzas. Esta hora sonó, así que los ingleses en el Nilo se insolentaron audaces y temerarios. Francia quiso averiguar adónde Rusia iría por ella; y Rusia fué á todos los extremos de la diplomacia, mas advirtiendo no correría, ni por Francia ni por nadie, albur alguno de guerra. Faure se vió constreñido por la fatalidad á una humillación, grave desengaño tras tantas halagadoras esperanzas, que le ha costado la vida.

**

Tienen muchos envidiosos los altos honores y los altísimos cargos sociales. Sin embargo, ¡cuán fácilmente se convencen aquellos que lo han sido todo, de que ser todo equivale á no ser nada! En lo más alto de la sociedad y bajo el más áureo solio convierte uno los ojos al humilde árbol bajo cuya sombra jugaba de niño y al susurrante arroyo en que se bañaba los pies amoratados por las guijas y destrozados por los abrojos, dando cualquier cosa con tal que le devolviesen desde la fortuna presente al antiguo infortunio, si le devolvían la edad de entonces y la vida tal y como entonces era. Nada parecido en acerbidad al insomnio político, si tenéis que responder de la suerte del pueblo y de la seguridad del Estado. En estos insomnios el cerebro de Faure se ha debilitado, por ellos ha sobrevenido la desgana, y como consecuencia de la desgana esa desnutrición que malhiere las cabezas; y un día la gota más diminuta de sangre, rompiendo algún vaso, fuera de su cauce natural se vierte, y muere un estadista mártir, sin que nadie sepa ni aprecie su martirio, antes todos celebran y envidian su fortuna viéndolo tendido sobre la cama imperial de los antiguos monarcas. Descanse Faure toda una eternidad en paz, y que allá en lo infinito recoja la tranquilidad nunca obtenida en el tiempo y en el espacio por la mísera humanidad.

Madrid, 20 de febrero de 1899.

PENSAMIENTOS

Los tímidos tienen miedo antes del peligro; los cobardes, durante el mismo; los valientes, después.

J. P. RICHTER.

**

Los libros son ecos que no hacen más que devolvernos el sonido de nuestros propios pensamientos.

E. ROD.

**

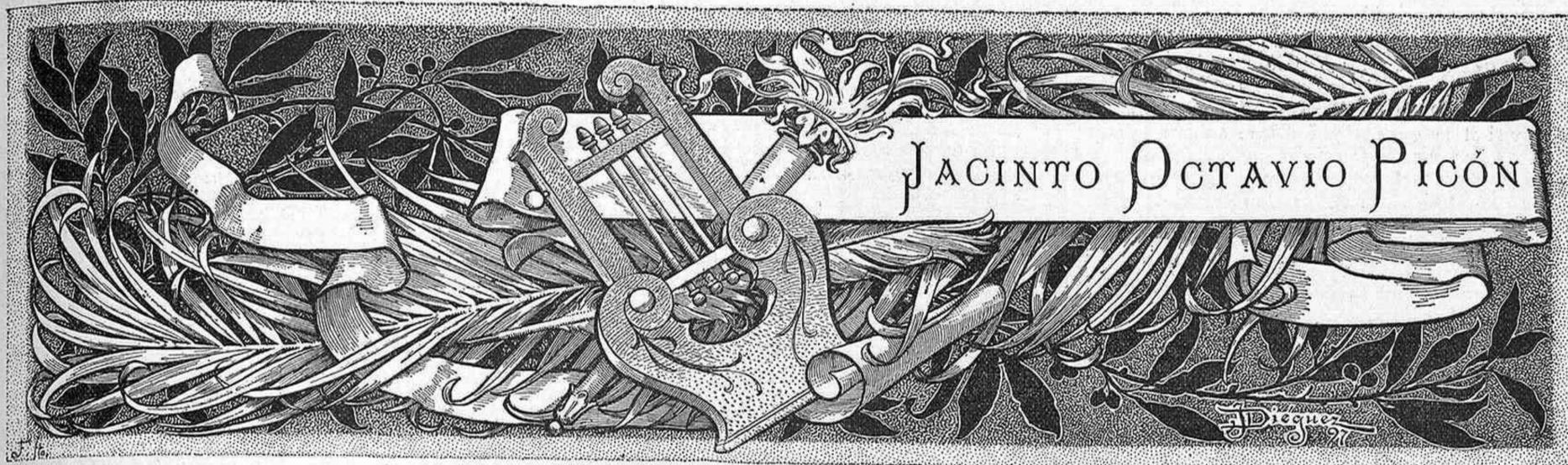
La tierra sería un paraíso si los padres fuesen siempre jóvenes y los hijos siempre niños.

VÍCTOR HUGO.

**

¡Se habla mucho de *ell*, es un elogio. ¡Se habla mucho de *ella*, es una censura.

EUGENIO MARBEAU.



JACINTO OCTAVIO PICON

Al ver por primera vez al con justicia celebrado autor, entre otras muchas novelas, de *La hijastra del amor* y de *El enemigo*, no se puede presumir que aquel joven de semblante pálido, de bigote rubio y sedoso, de facciones delicadas, de mirada dulce y apacible y que va siempre vestido con correcta elegancia usando trajes de tonos oscuros, es el propagandista incansable de tendencias modernísimas en todo lo que se refiere al orden intelectual y moral de los individuos y de los pueblos.

Parece más bien un aristócrata que sólo piensa en las delicias de la vida; y sin el sello de inteligencia que resplandece en su frente é irradia de sus ojos á poco que la conversación los anime, se le encontraría parecido con alguno de los personajes que, formando la corte de Carlos II, retrató Coello alrededor de la lánguida figura del rey hechizado en el famoso lienzo que se guarda en la sacristía de la iglesia del monasterio del Escorial.

Pero no hay que fiarse en las apariencias, porque bajo el aspecto del joven aristocrático se oculta el hombre de ideas avanzadas, de convicciones republicanas, y aunque poco partidario de la política militante, pues no está afiliado á ninguna de las fracciones que luchan en la vida política, propagandista decidido é incansable de las esperanzas de lo por venir, y enemigo implacable de un pasado que ya está casi vencido, pero que todavía ha de dar mucho que hacer antes de ser derrotado por completo.

Como la distinción es compatible con toda clase de ideas, Picón ataría las suyas con la que es en él innata, y todo lo que de él emana es distinguido y elegante, como es cortés y afabilísimo su trato.

No tratándose de ideas, porque en este terreno es inflexible y por nada del mundo irá contra lo que siente y cree, el fondo de su carácter es la tolerancia y la benevolencia, que le perjudica algunas veces para las funciones de crítico en que tanto sobresale. Se puede asegurar que no hay en su alma un átomo de hiel, que su corazón no ha sentido nunca las punzadas del odio y que le son por completo desconocidas las malas pasiones con que se suele tropezar con frecuencia en el rudo batallar de este pícaro mundo, tan lleno de amarguras.

Goza por dicha suya de sano capital, que le permite vivir con independenciam, y aunque reúne condiciones para ganarse decorosamente la vida con su pluma, no siente las apremiantes necesidades del que tiene que consagrarse á una labor imprescindible para ganar el pan de cada día.

Mientras vivió su buena madre, una señora de claro talento que contribuyó mucho á la cultura de su hijo, á ella estuvo consagrada su existencia, y no ha habido anciana que haya pasado más rodeada de cariño y de cuidados los últimos años de su existencia.

El que fué hijo modelo es el más bonachón y bondadoso de los padres, y como, aunque no es viejo, representa menos años de los que tiene, y sus hijos, una muchacha encantadora y un joven gallardo, han ido creciendo, resulta cuando se los ve juntos, que es con frecuencia, que parecen tres hermanos íntimamente unidos por los lazos fraternales.

Picón vive con elegancia, y como todo hombre de costumbres morigeradas que encuentra sus mayores

goces en el seno del hogar, cuida mucho de su interior, de lo que los ingleses llaman el *home*, y su comedor parece el de una casa holandesa y su despacho es el de un artista que puede satisfacer algunos de sus gustos.

Tiene pasión por la pintura y por los libros buenos, y no se verifica en Madrid almoneda en que se puedan adquirir cuadros de buenas firmas y tomos

á ninguna fracción, pues los políticos, aunque sean de ideas avanzadas, no son santos de su devoción, siendo el hombre político con el que más identificado se hallan sus ideas el Sr. Azcárate.

En el campo literario respeta á todos y es á su vez respetado, tiene casi terminadas dos novelas que verán pronto la luz con el título de *Perifollos* la una, de *Valdellantos* la otra, y no deja de publicar cuentos y artículos que acrecientan su fama.

Como es la bondad personificada, todo principiante que necesita un prólogo para presentar al público una obra le encuentra dispuesto á ser su padrino, y todo el que quiere un consejo leal y desapasionado no tiene más que llamar á la puerta de su casa.

En resumen, Jacinto Octavio Picón es por sus ideas y por sus tendencias un revolucionario, y por su carácter, por su conducta, por sus procederes todos, uno de esos hombres que aun al más pesimista y desilusionado hacen reconciliarse con la humanidad.

KASABAL



JACINTO OCTAVIO PICÓN

de buenos autores en la que Picón no recoja algo.

El trabajo tiene para él muchos encantos, y lo prueba el número de sus obras: los *Apuntes para la historia de la caricatura*, que publicó la *Revista de España* de los buenos tiempos del inolvidable Albarreda; sus trabajos de crítica, como *Lo que debe ser el drama*, memoria que leyó en el Ateneo y de la que se agotaron muy pronto dos ediciones; sus novelas *Lázaro*, *La hijastra del amor*, *Juan Vulgar*, *El enemigo*, *La honrada*, *Dulce y sabrosa*, y multitud de cuentos y novelitas cortas.

Ha hecho además la crítica de las Exposiciones de Bellas Artes celebradas en los últimos años y las *Revistas de teatros* durante varias temporadas en *El Correo*.

En la primera cuartilla que escribió para el tomo en que con el título de *Cuentos de mi tiempo* coleccionó muchos de los que había publicado en *El Liberal*, escribió lo siguiente, que revela su pensamiento y sus tendencias:

«Para instruirnos es la ciencia; para enseñarnos la moral; para deleitarnos el arte, donde hallan las fuerzas fatigadas alivio y el espíritu ennoblecido recompensa.»

Aprovecha todas las ocasiones que se le presentan para hacer propaganda de sus ideas y para luchar contra lo que considera injusto, y el absolutismo, la intolerancia religiosa, todos los abusos y todas las injusticias tienen en él un encarnizado enemigo.

Ya he dicho que es republicano, sin estar afiliado

nerla, añadió otra señora joven que parecía lista y curiosa.

— Yo creo, dijo la marquesa, que si alguno ha faltado no es él, porque hace muy pocos días estuvo aquí, precisamente hablando de su mujer... y enamorado.

— Eso no significa gran cosa, interrumpió la que tenía cara de lista, porque cuando un hombre pretende engañar bien á su mujer, lo primero que hace es despistar á las amigas de ella haciéndoles creer que la adora para que se lo cuenten á la interesada.

— Dios me libre de murmurar, añadió un caballero, pero él anda preocupadísimo con sus negocios y ella es demasiado guapa; además, sin ofenderla, me parece que se alegrará de tener ocasiones en que convencerse de hasta dónde llega el poder de su hermosura.

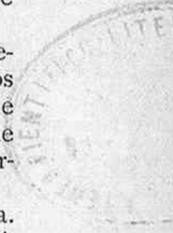
— ¿Tan vanidosa es?, preguntó una voz femenina.

— En realidad, continuó la marquesa, es cosa rarísima esa desavenencia en un matrimonio del cual nadie sabe que el marido se vaya con otra ni que la mujer sea capaz de torcerse.

Entonces un señor ya viejo con restos de buen mozo, simpático, de mirada inteligente y fácil palabra que había permanecido callado, tomó parte en la conversación diciendo:

— Conque no se engañan, tienen un hijo y se separan..., pues no lo entiendo; pero ¿de quién se trata?

— De la de Xeriols, Rosita Castillo, la casada con Xeriols.



— ¡Rosa! ¿Separada Rosa?, exclamó asombrado el señor viejo. Vaya, vaya, y ustedes perdonen, pero no saben lo que dicen, ó les han informado con mala intención. Rosa es incapaz de hacer nada que pueda ser causa de que su marido la deje con sombra de razón, y si él la engañara, á ella le sobran talento, virtud y recursos para traerle al buen camino... y en último caso grandeza para perdonarle. Sepan ustedes — y esto lo dijo ya con entonación grave — que mujeres como Rosa hay pocas, y cuando se habla de ellas conviene no pecar de ligero.

Viéndole ponerse serio y oyéndole hablar de aquel modo, callaron todos menos la señora que parecía lista, la cual sin andarse por las ramas habló de este modo:

— Todo eso está muy bien, D. Luis; pero no echa por tierra nada de lo dicho. Si á él no se le conocen los ni ella es susceptible de... debilidades, y sin embargo teniendo un hijo se separan..., ayúdeme usted á sentir. Ella una santa, conformes: además es rica, él gana mucho; por falta de recursos no será. Luego...

— Rosa sabría resistir á la pobreza, á la miseria, añadió el caballero viejo con entusiasmo.

— Vaya, vaya, acabó la dama diciendo algo picada, yo no calumnio á nadie. No quería soltarlo: pero lo sé, me consta, sucede algo y gordo. Puedo asegurarle á usted que hace cinco días Rosa se ha marchado de casa de su marido con cuatro muebles y unos cuantos baúles de ropa y llevándose al chico, y que sola con la doncella vive en la calle del Guadarrama, 92, no sé qué piso. Ahora, diga usted que esto es hablar por hablar.

— Lo que digo, repuso enojado el caballero, es que yo he llegado ayer mañana de París, que no he salido sino para venir á felicitar á la marquesa, que no sé nada de lo que pueda haber ocurrido, y que, sea lo que fuere, estoy seguro de que Rosa estará harta de razón. Pasa por ser una de las mujeres más bonitas y elegantes de Madrid, ¿verdad? — y esto no lo dijo ciertamente con ánimo de complacer á su interlocutora, — nadie pone en duda su hermosura, ¿eh?; ¡pues aún son más indiscutibles su talento y su virtud!

Pronunció D. Luis estas palabras esforzándose por aparecer tranquilo, pero con tal energía que ni caballeros ni señoras se atrevieron á replicarle; y entonces la marquesa dió discretamente otro rumbo á la conversación.

De allí á poco D. Luis se despidió, y al poner el pie en el estribo de su berlina, que le esperaba en la puerta, dijo al cochero:

— Calle del Guadarrama, 92, y de prisa.

— ¿Se ha mudado aquí, hace pocos días, una señora que se llama doña Rosa?, preguntó á la portera.

— Segundo: hay entresuelo.

Si grandes fueron las cavilaciones que mortificaron á D. Luis desde que salió del saloncito de la marquesa hasta llegar allí, aún crecieron mientras subió la humilde escalera de aquella vulgarísima casa.

«¿Qué le habrá pasado..., qué le habrán hecho á esta muchacha — iba diciéndose mentalmente — para que transija con semejante cambio? ¡Si esto es para ella la pobreza!.. ¡Qué barrio, qué portal y qué escalera!»

Con mayor celeridad de la que al parecer permitían sus años, llegó al piso segundo y llamó; saliendo á abrirle una doncella cuyo limpio y fino aspecto contrastaba con lo pobre de la casa.

El pasillo de entrada, lleno de muebles, baúles y cajas, todo desordenado, indicaba lo reciente de la mudanza.

— ¿Dónde está?, ¿dónde está?, preguntó D. Luis.

Mas antes de que la doncellita contestase, se abrió la puerta de un pequeño gabinete, también lleno de trastos á medio colocar, y apareció una mujer como de veinticinco á treinta años, de singular gentileza, que arrojándose en brazos del anciano rompió á llorar amarga y calladamente.

Era alta, esbelta; el pelo rubio muy claro; los ojos grandes, de un azul muy oscuro, y á pesar de las lágrimas que los bañaban enrojeciéndole los párpados y desbordándose por las mejillas, de mirar inteligente, llenos de viveza, pero serenos, dulces, como incapaces de expresar nunca sentimientos que no nacieran de amor ó de ternura.

— ¡Luis de mi alma!, dijo entre sollozos.

— ¿Qué ha sido esto, mujer?, ¿qué has hecho? Pero ¿es verdad?... ¿Qué te ha hecho?... porque de ti estoy seguro...

Ante la sospecha, aun tan tibiamente formulada, se irguió sonriendo con plácida altivez.

— Pero ¿ha podido usted imaginar que yo hiciera algo feo? Venga usted, venga, y lo sabrá todo.

Llévole al gabinete, sentáronse en un pequeño sofá, y después de permanecer mirándole cariñosamente

mente unos instantes, como recapacitando la manera de expresarse ó el modo de empezar, dijo así:

— Primero, contésteme á lo que voy á decirle. Si alguien le preguntase á usted quién era mi padre, cómo me educó, qué sentimientos inculcó y desarrolló en mi alma, cómo obedecí á lo que quiso que yo fuera, en fin, hasta dónde puedo yo saber lo que son bondad, honra y virtud..., ¿qué respondería usted?

— Diría, repuso con la mayor naturalidad D. Luis, que tu padre fué hombre tal, que pudiendo salvar su inmensa fortuna sin más que pasar la frontera, y acaso, acaso, con sólo sostener un pleito, prefirió perderlo todo por cumplir fielmente sus compromisos, aun aquellos en que no medió documentación alguna, sino sólo su palabra; que luego rehizo parte de su riqueza entre el asombro y el respeto de todos, porque aquella conducta le dió inmenso crédito. Diría que tu educación, hecha exclusivamente por él, fué un prodigio de sensatez, de cordura, que te hizo buena..., no sé cómo expresarlo, sin que tuvieras nunca que violentarte ni vencerte, inspirándote aversión á lo malo y lo mezquino. Vamos, que hizo que tuvieses bondad y virtud casi por naturaleza, como tienes los ojos azules y el pelo rubio... Pero ¿á qué viene esto?

— ¿De modo que usted cree que ni por liviandad, ni por conveniencia, ni por perversión ni por nada, puedo transigir con la deshonra?

— Cabal. Si fueras hija mía, y como á hija te quiero desde que tu padre me encomendó tu porvenir, no me inspirarías mayor confianza. Siempre dije que si para ser feliz bastara tener clara idea de lo que es bueno y voluntad de seguirlo, tú serías dichosa.

— Yo no digo que sea buena. ¡Cuántas veces es uno injusto y malo sin saberlo! Lo que digo es que nuestra virtud, la virtud de la mujer, no consiste sólo en... ¿cómo se lo diré á usted?, en dejar de hacer lo que deshonra y pone en ridículo á los hombres.

— No te comprendo.

— Oiga usted.

Procuró serenarse, recogióse hacia las orejas los rizos que se le habían deshecho, y con voz que en sus dulces ó enérgicas entonaciones reflejaba la índole de sus recuerdos é impresiones dijo:

— «¡Tiene usted razón! ¡Pobre padre mío! ¡Qué hombre! ¿Se acuerda usted de la quiebra? ¿De la comida que hicimos el día de los pagos? Todos abatidos, todos apocados: ¡menos él! «Esto de arruinarse — decía papá — tiene sus ventajas: ahora contaremos los amigos; ahora sabré si la fortuna se me entregó por capricho ó porque supe merecerla.» Volvimos á ser relativamente ricos. Seis meses antes de morir me sentó sobre sus rodillas y me dijo: «Si te faltó ahora, te quedará una renta de cinco ó seis mil duros. Poca cosa en comparación de lo que tenías antes, pero puedes gozarla tranquila: ninguna de las alegrías que te procure ese dinero habrá nacido de un dolor ajeno; la limosna que des no será nunca restitución.» ¡Ese fué mi padre! ¡Así me educó!.. Figúrese usted la impresión que me causaría convencerme de que mi marido era... de otro modo. Habrá quien diga que debí conocerle antes; mas ¿qué mujer joven puede conocer á un hombre en uno ó dos años de noviazgo, por sólo conversaciones de palco y baile, con miradas en paseo y misa, con cartas donde la imaginación vence al juicio, en ese período de la vida en que ella no se cuida sino de parecer bonita y él no piensa más que en ocultar defectos?»

»Durante las primeras semanas de nuestro matrimonio fuí feliz. No dejé, sin embargo, de comprender que Pepe era algo brusco, de carácter impetuoso, pero procuraba contenerse ó se arrepentía pronto de ciertos arranques para no enojarme. De vuelta del viaje de novios empezó á trabajar: hasta entonces había encargado del bufete á un amigo. Trabajaba mucho, mas pronto me enteré de que sentía poco entusiasmo por su carrera: al salir del despacho siempre estaba de mal humor: lo que le preocupaba é interesaba no era la índole de los pleitos, la ocasión de lucirse, la posibilidad de reparar una injusticia, sino la esperanza y la cuantía del pago: no se le veía contento sino cuando cobraba una cuenta de honorarios, los cuales acostumbraba á poner muy altos; en más de una ocasión le costó serios disgustos ó recibió cartas desagradables. Por fin, supe que tenía fama de interesado y codicioso. No era avaro, gastaba sin prudencia, y me hubiera permitido hacer lo mismo si hubiese querido; pero sentía ansia de ganar y tener mucho, incurriendo para conseguirlo en faltas de consideración, casi de misericordia, con los clientes pobres, y con los ricos de cierta falta de dignidad y altivez que á mis ojos le hacía desmerecer: lo que le importaba era cobrar, cobrar... En cambio toleraba lo que no debía. Cierta banquero al mandar el importe de una cuenta que le pareció excesiva, le escri-

bió diciéndole, poco más ó menos: «Le mando á usted lo que me pide, y siento no poder seguir llamándole amigo de quien me trata con tan poca consideración.» Dije á Pepe que esto me parecía humillante, y repuso: «Lo que hace falta es que pague.» «Mejor sería, repliqué, que cobras algo menos y conservaras la amistad de un hombre que podía regatearte de mal modo lo que te da.» Me miró de alto á bajo y contestó: «El mejor amigo... un duro.» Sufrí un desencanto y callé por espíritu de sumisión; pero se me hizo dura la conformidad. Le cuento á usted estos detalles para que se haga cargo de cómo fuí convencido de lo que he escrito. No conozco más Dios ni más ley que el oro... Lleguemos, en fin, al motivo de la separación, mejor dicho, de mi propósito irrevocable de no vivir con él. Afortunadamente, estoy segura de que mi tía Juana no me desatenderá; hasta podremos darle dinero para que nos deje en paz. Y ahora escuche usted bien.

»Un día se presentó en casa una mujer pobremente vestida con aspecto de señora venida á menos; nada de pedigüña ni aventurera. Había estado á buscarle varias veces y nunca quiso recibirla. Entró porque en vez de abrir el criado lo hizo la doncella. Luego, desde mi gabinete, oí que Pepe y aquella mujer levantaban mucho la voz: me acerqué á una puerta y la vi llorar, llegando á mis oídos palabras que me helaron de espanto: «despojo,» «compasión,» «maldad.» Por fin salió, nerviosa, excitadísima, blanca de cólera, y desde la puerta de la escalera, tragándose las lágrimas, dijo: «¡Ojalá si tiene usted hijos que paguen lo que hace con el mío!» Me quedé aterrada, volví al gabinete, llamé á Justina, mi doncella, en quien sabe usted que tengo absoluta confianza, y mostrándole desde el balcón á la mujer, que en aquel instante salía del portal, le dije: «Coge el mantón, síguela y averigua quién es y dónde vive.» Pepe pasó la tarde de un humor intolerable y ordenó que bajo ningún pretexto se abriese la puerta á aquella desdichada. Le pregunté quién era, y me respondió que una trapiondista. Para abreviar: Justina volvió diciéndome cómo se llamaba y dónde vivía. A la mañana siguiente fuí á verla; vacilé mucho antes de hacerlo, pero no me pude contener, no quise dominar el deseo de salir de dudas, porque todo me inducía á sospechar, y un presentimiento amarguísimo me gritaba que Pepe debía de haber cometido una maldad muy grande. Afortunadamente, aquella mujer no me conocía: sabía que Pepe era casado y nada más. La portera de su casa me dijo que la infeliz había estado en buena posición, pero que se veía ya en la mayor miseria, sin que lo que ganaba cosiendo le bastase para mantener á su hijo, niño de cinco años. Subí á su sotabanco, ni más ni menos que en las novelas, y para hablar con ella inventé una piadosa mentira. La esperanza de la limosna hizo que no se parase á inquirir si yo decía ó no verdad. Poco me costó que hablase. Era parlanchina, locuaz, imprudente, de lengua demasiado suelta, culpas atenuadas por el afán de contar la caída desde una posición acomodada hasta la más dura pobreza; pero en el fondo de su palabrería y su exceso de charla latía algo que era verdad, algo terrible. ¡Mi marido había robado al suyo veintidós mil duros! La historia es sencillísima. Su esposo era procurador. En cierta ocasión se le formó causa para exigirle responsabilidad por irregularidades en un pleito en que intervino, decretándose contra él un embargo. Entonces buscó á Pepe, que era íntimo amigo suyo, y sin recibo ni documento alguno, que por otra parte, dadas las circunstancias, hubiera sido inútil, le entregó para que se los guardase veintidós mil duros en títulos de la Deuda. ¿Va usted adivinando? Luego le prendieron, pasó en la cárcel año y medio, salió absuelto; y al reclamar el depósito, Pepe se lo negó... Es decir, no negó la devolución, sino lo que es más infame, la entrega. No existía, no podía existir prueba. El infeliz procurador murió al cabo de unos cuantos meses, y Pepe siguió negando á la viuda. Cuanto ésta me dijo era verdad. Hasta he averiguado que con parte de esos veintidós mil duros hizo Pepe los gastos de nuestra boda. ¡Qué base para mi felicidad! De la entrevista con aquella mujer saqué el convencimiento de que no mentía: la índole y el carácter de Pepe servían de acusadores contra él, mas yo quise ponerle en el trance de que confesase y lo conseguí. Hice una cosa horrible, cruel; en relación con su maldad. Dejé una noche que se acostara antes que yo, esperé á que se durmiese, y al cabo de dos horas, cuando estaba en el más profundo sueño, teniendo antes cuidado de poner la luz de modo que le iluminara de lleno el rostro, le llamé á grandes voces gritando: «¡Pepe, Pepe!.. ¡El dinero de Gozaldez!.. ¡Gozaldez! ¡Cozaldez... su dinero!»

»Despertó presa de un sobresalto indecible, y sin tiempo para reponerse, sorprendido como criminal



Los intérpretes de «LA WALKYRIA» en el Liceo de Barcelona, composición y dibujo de J. Passos. Fotografías de Martí

BIBLIOTECA LITERARIA
MADRID
1910

por astucia de juez, preguntó fuera de sí, enrojecido de rabia: «¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha contado?»

»Pero no eran menester tales palabras: su cara, aquel espanto, bastaron para persuadirme de que la viuda no me había engañado. ¡Juro que hubiera preferido sorprenderle en brazos de una mujer! Entonces se levantó en mi corazón una tempestad de asco y de desprecio. ¡Y aquel era el hombre que me había poseído! ¡el que saboreó mis primeros besos de amor!

»Cuanto he intentado para que prometa la restitución del leposito ha sido inútil; niega, y cada nega-

Provista así la doncella de cuantos atractivos pueden exigirse, el Tonante (1) la nombró Pandora ó *todos los dones*, y concediéndola el dote encerrado en linda caja adornada de ricos cordones, dispuso que Mercurio la acompañara á la tierra y colocase en presencia del ladrón del Olimpo, prefiriendo humillarle con el engaño á castigar su osadía.

Prometheo, nombre equivalente á previsor, fué insensible á los encantos de la divina aparición, quizá porque comprendiera la falacia del vengativo Jove, y sólo aconteció que prendado de la gentil figura su

cuerpo, cuyo penoso recuerdo del hermano de Epimetheo y Atlante dió origen á los anillos y sortijas usados por las personas de ambos sexos.

LOPE BARRÓN

FLORES CENTROAMERICANAS

¿Qué mejor título puede darse al grupo fotográfico que adjunto publicamos? Sí, flores y flores de incomparable belleza son las que forman ramillete tan



FLORES CENTROAMERICANAS, GRUPO FOTográfico DE D. A. G. VALDEAVELLANO, remitido por D. Federico S. de Tejada

tiva le aparta más de mí. No podemos divorciarnos, lo sé: me han leído el Código; pero yo me separo porque siento que el contacto de ese hombre me mancillaría como envilecen al esposo honrado las caricias de la esposa traidora y consentida. Yo creo, D. Luis, que ni el honor ni la conciencia tienen sexo. Me ha deshonrado con su delito como yo hubiera podido deshonrarle con mi infidelidad. Seré legalmente suya, llevaré su nombre, y lo que es más doloroso, lo llevará mi hijo; mas no volverá á estrecharme entre sus brazos ni comeré su pan. Quien me comprenda que me juzgue.»

JACINTO OCTAVIO PICÓN

FRASES POPULARES

¡FATAL COMO LA CAJA DE PANDORA!

Irritado Júpiter contra Prometheo por haber sustraído fuego del cielo para dárselo á los mortales, le amenazó de esta suerte:

«Te regocijas de la necia confianza que en ti deposité no obstante mi sabiduría, mas juro que tu robo te será fatal á ti y á los demás hombres con el funesto presente que os envíe.» Y al punto ordenó á Vulcano fabricar de arcilla una Virgen, mandando á cada divinidad que le otorgase una gracia.

hermano Epimetheo — quien piensa después, — la solicitó rendidamente desoyendo sus consejos y se casó con ella; pero al tratar, el cándido, de conocer la importancia del tesoro guardado en la caja de Pandora, se esparcieron todos los males sobre el planeta terrestre, pues tal era su contenido, quedando en el fondo la esperanza... de otro mundo mejor.

Al persuadirse Júpiter de la inutilidad de su astucia contra el cauto hijo de Japhet, le sujetó de improviso con férreas cadenas á la cúspide del monte Cáucaso y le condenó á que un enorme buitres devorara incesantemente sus entrañas, que de continuo habían también de renovarse á fin de que el suplicio no tuviese término; empero reconocido luego Jove á su víctima por haberle advertido generoso en medio de sus lamentos la conveniencia de renunciar á los galanteos de la bellísima Nereida Thetis si deseaba sostener íntegra su autoridad en el Olimpo, depuso su enojo y hasta permitió que Hércules restituyera el libre albedrío al mísero Prometheo, si bien para conciliar la misericordia con la fidelidad á lo jurado cuando lo expulsó del cielo, limitó el bárbaro castigo á que perpetuamente llevase pendiente del dedo meñique de la siniestra mano y engarzado en un eslabón de la cadena que le aprisionó en el Cáucaso un fragmento de la roca donde apoyara su dolorido

(1) Los poetas llaman Tonante á Júpiter aludiendo á la ficción de que para castigar disparaba rayos. Igualmente se le denomina Jove, de la palabra latina Jovis ó Diovis.

precioso. Dicen que para muestra basta un botón; pues ¡apenas hay botones en la fotografía que reproducimos! Vense en ella tipos para todos los gustos; rubias de blanca tez y lánguida mirada, morenas de negros cabellos y ardientes ojos, y dentro de estos tipos todas las variedades que pueda soñar la fantasía, bellas todas para satisfacer al más exigente en materia de estética femenina. Apostamos á que puesto cualquiera en el caso de tener que elegir entre tantas beldades, guatemaltecas en su casi totalidad, dicho sea de paso, acabaría por exclamar como el protagonista de la antigua zarzuela bufa: *Me gustan todas*.

Porque, en efecto, en presencia de tantas flores, la dificultad estaría en escoger una: en este, como en pocos casos, se encontraría el ánimo en el estado que los franceses denominan *embarras du choix*, y en grave aprieto habría de verse el moderno Paris que hubiese de adjudicar la manzana de la discordia á la más hermosa: á buen seguro que no fallaría el pleito con la misma facilidad con que lo falló el mitológico pastor del monte Ida.

¡Cuántos al ver reunidas tantas bellezas americanas repetirán *in mente* los conocidos versos de Campródón: *¡Bello país debe ser el de América, papá!*

Después de haber admirado las flores, justo es que dediquemos un elogio al jardinero que tan hábilmente ha sabido disponer el ramo, al fotógrafo de Guatemala Sr. de Valdeavellano, cuyos archivos fotográficos, á juzgar por estas muestras, deben constituir un verdadero tesoro. — X.

CRONICA PARISIENSE

ESCENAS DE LA VIDA MILITAR

Por la lectura de causas célebres, conocía de reputación los bailes de la *Ardoise* y de la Victoria, el Café Cheri, la Cervecería Europea, el Salón de Marte



SEGUROS DE SU ÉXITO, INFANTES Y JINETES..., dibujo de S. Azpiazu

y otras perlas, si no preciosas, muy raras, del barrio de Grenelle. A mi deseo de visitarlas se había opuesto siempre el temor de salir de la aventura con el bolso vacío y el cuerpo lleno de averías.

Los escamoteos y las descalabraduras son allí accidentes ordinarios, que dan prestigio á los agresores y ponen en ridículo á las víctimas. El *escabechar* á un señorito es una gracia que hace reir mucho á la gente del bronce.

El invierno pasado, á principios de Carnaval, me decidí á visitar aquellos famosos establecimientos que rodean la Escuela militar. Un amigo á quien propuse que me acompañara, aceptó con la doble condición de que fuésemos armados y vestidos de blusa.

Nuestro disfraz no era seguramente tan perfecto, que no inspirase alguna duda acerca de la condición de nuestras personas; pero no pudiendo confundirnos con los señoritos extraviados que buscan fáciles conquistas ó extrañas aventuras en los bailes populares, á lo sumo nos tomarían por sabuesos de la policía secreta.

Al rentista, al hortera, al empleado que penetra en esos sitios, lo calan desde el momento que asoma por la puerta. Inmediatamente es objeto de las galanterías de las mujeres y de la codicia de los hombres, y en menos de dos horas sale desplumado de entre las garras de aquellas aves de rapiña.

Y sin embargo abundan los necios que, atraídos por un seductor espejismo de juventud y de fáciles placeres, caen, como moscas en telaraña, en las redes de mozas y rufianes coligados contra los señoritos. Y es que el tipo de calavera cursi es eterno é incorregible como los defectos humanos que representa.

Mi amigo y yo llegamos al Salón de Marte en el momento en que la primera parte del baile debía estar en su apogeo. La primera parte, exclusivamente militar, empezaba al anoecer y concluía al toque de retreta. La segunda comenzaba á las diez, hora en que aflúan los parroquianos de la *Ardoise*, y entonces el baile cambiaba completamente de aspecto.

La fachada del local se nos apareció adornada con soberbios atributos y arrojando por sus ventanales abovedados raudales de luz en la sombría calle de Croix-Nivert.

He aquí el templo donde el terrible Marte descansa de sus mortíferas faenas en brazos de la voluptuosa Venus. Aquí todo sonríe y obedece á los militares; todo tiende á halagarlos y á darles gusto. Las mujeres se disputan sus miradas vencedoras; y ni un suspiro se exhala de esos pechos guerreros sin que lo recoja un corazón femenino.

Con el aspecto de fiesta del local contrasta la tristeza que se nota en la arrugada frente del portero que nos reclama con lastimera voz los cincuenta céntimos que cuesta la entrada.

El tal portero es un enigma. De él no puede decirse que en la cara está la edad. Pero me inclino á creer que ha sido compañero de armas de Napo-

león I, de quien tal vez heredó la casaca que lleva puesta, con sus manchas de grasa y de rapé. Su cabeza oscila tanto que parece va á caerse de los hombros. E indudablemente se caería sin el corbatín mugriento y altísimo que la sostiene.

El dolor mudo de aquel veterano nos conmueve, y le preguntamos la causa de su visible tristeza.

— ¡Ay de mí!, contesta con voz cascada y quejumbrosa; lo que me aflige es la decadencia de un baile que tuvo su época de esplendor y de majestad, y al que hoy tiene abandonado la fortuna caprichosa. No ha muchos años, los mejores mozos de Francia, ostentando magníficos uniformes, se daban cita en este asilo del placer, del amor y de la valentía. Lanceros y dragones, guías y coraceros, cazadores y zuavos, héroes de la caballería, de la infantería y de la artillería, acudían aquí en tropel, seguros de sus triunfos entre las mujeres más amables del barrio, ennoblecidas por su amor á las armas. ¡Ay, mis queridos ciudadanos! ¡Qué tiempos aquellos! ¡Qué lujosas fiestas! ¡qué comidas! ¡qué bailes! Pero ¿á qué recordar lo que tanto entristece? ¿De qué sirve gemir? Guardia imperial, uniformes brillantes, sargentos irresistibles..., ¡todo pasó á la historia! Y ya no parece por aquí sino algún quinto de infantería y algún enfermero del hospital. La intrigante Cervecería Europea nos quita la parroquia, la flor y nata del ejército francés. ¡Oh, mortal fastidio!

El inconsolable veterano se calló, y nosotros subimos al salón de baile.

Resultando éste demasiado vasto para su escasa clientela, ha sido dividido en dos salas, separadas por un tabique y puestas en comunicación por dos puertas. Una de las dos salas se halla sumida en las tinieblas; en la otra bailan ó circulan dos docenas de soldados entre rufianes y mozas del partido. En unas mesas de pino grasiento, varios militares y paisanos charlan y beben. Una moza de voz quebrada canta una canción obscena.

En esto ha venido á parar el famoso Salón de Marte. Así pasan las glorias de este mundo.

— ¡Vámonos!, grité á mi compañero. Dejemos este sitio de decadencia y vamos á la cervecería triunfante.

De la calle Croix-Nivert á la avenida de La Motte-Piquet no hay más que un paso. Pronto llegamos á la Cervecería Europea. Pero al vernos en presencia de un baile brillante, hicimos de nuestras blusas un lío que dejamos en la guardarropa, y nos quedamos de americana. Allí hubiera desentonado nuestro disfraz.

Rival triunfante del Salón de Marte, la célebre cervecería estalla en sonoridades y resplandores en medio del dormido barrio cuya tranquilidad ha venido á turbar. La pródiga y alegre juventud de la Escuela militar se da cita en ella para sus bulliciosas expansiones. Y aquí viene á distraerse del pesado estudio de la teoría y de las fatigas del ejercicio.

Mucho antes de la hora del baile, el corazón de las mozas del barrio toca á generala. El prestigio del uniforme es entre ellas incommensurable. Seguros de su éxito, infantes y jinetes, quintos y veteranos entran con aire marcial, el bigote retorcido, la sonrisa en los labios y la mirada condescendiente. Todos

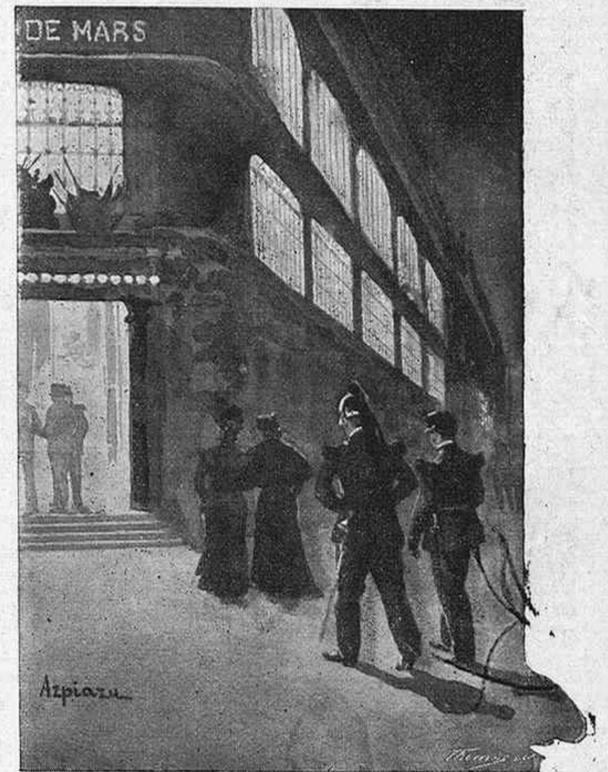
se entregan al placer de la bebida y de la danza, y el salón, profusamente adornado con banderas y trofeos, animado por torbellinos de vistosos uniformes, ofrece un aspecto deslumbrador.

De pronto, al ruido de acalorada disputa, se forma un gran remolino de gente en un ángulo de la sala. Dos compañeros de armas se han convertido de pronto en mortales enemigos por cuestión de amores. Dos héroes, un albéitar de artillería y un furriel de infantería, se disputaban el corazón de una mujer que ha optado por el infante.

¡Oh, amor! Tú perdiste á Troya, y continúas sembrando la discordia entre los guerreros. Mañana, al despuntar el día, en el picadero de la Escuela militar, dos valientes regarán la arena con su sangre por la dama de sus pensamientos. Las mutuas ofensas han sido graves. El artillero ha tirado un vaso de cerveza á la cara del furriel y éste le ha contestado arrojándole á la cabeza una copa de vino. Se han cruzado además terribles insultos, y los machetes hubieran salido inmediatamente de sus vainas sin la intervención de los compañeros de uno y otro rival. Los contendientes ceden con la esperanza de volverse á encontrar sobre el terreno de un duelo á muerte. El baile queda dividido en dos bandos opuestos. La infantería jura vengar el ultraje hecho á su arma. La artillería promete que no ha de quedar sin correctivo la insolencia del cabo furriel. Los demás soldados se inclinan al uno ó al otro bando. Se lee en todos los semblantes una viril resolución.

Pero una vez que han desaparecido los dos rivales, el baile se reanuda, siguen los vales y los rigodones con animación creciente, y los representantes de todos los cuerpos armados de la Francia vuelven á codearse fraternalmente sin rencor alguno.

JUAN B. ENSEÑAT



LA FACHADA DEL LOCAL SE NOS APARECIÓ..., dibujo de S. Azpiazu

NUESTROS GRABADOS

Sátiro, cuadro de N. Gysis. — A juzgar por la descripción que de los sátiros hace Hesiodo, tales monstruos, mitad hombres, mitad cabras, eran petulantes, traviosos, maliciosos, no pensaban más que en bailar y saltar, beber y emborracharse y perseguir niñas, y su ocupación más honesta era la música. El cuadro del celebrado pintor Gysis que reproducimos nos presenta á un joven sátiro tocando la flauta, es decir, entregado á la más honesta de sus ocupaciones: sin duda por su poca edad no tiene cosa mejor en que entretenerse, ya que no es de suponer que desde su infancia tuvieran esos seres fabulosos completamente desarrollados sus malos instintos y sus aviesas inclinaciones. De ahí que la obra de Gysis resulte simpática, tanto más cuanto que la labor técnica del artista puede sin exageración ser calificada de perfecta por reunir todas las excelencias de forma y de color que hacen agradable la contemplación de una obra de arte.

Los intérpretes de «La Walkyria» en el Liceo de Barcelona. — Al éxito entusiasta que en Barcelona ha obtenido la hermosísima partitura de Wagner contribuyeron sin duda en no escasa parte los artistas encargados de su ejecución. La Sra. Adini, en primer término, la Sra. Corsi, los Sres. Lafarge, Scarneo y Gnaccarini encargados de los principales papeles, así como las triples que desempeñaron los de Walkyrias, fueron justamente aplaudidos, y en cuanto á la orquesta, elemento principal en las óperas del inmortal compositor, es poco cuanto se diga en elogio suyo y del maestro Mer-



AMPARO DE LOS CAMINANTES, CUADRO DE FEDERICO UHDE, de fotografía de la Sociedad Fotográfica de Berlín

tens, que tan admirablemente supo dirigirla. La lámina que publicamos en la página 141 es un homenaje de admiración que á todos tributa LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Las fotografías han sido hechas expresamente para este periódico por el reputado fotógrafo barcelonés Sr. Martí, á quien damos las gracias por la valiosa ayuda que nos ha prestado para la realización de nuestro propósito.

El Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Jaime Catalá y Albosa.—La repentina muerte del sabio y virtuoso obispo que durante más de quince años ha estado al frente de la diócesis barcelonesa, ha causado dolorosísima impresión en esta ciudad, donde tanto cariño, tanto respeto y tantas simpatías habías conquistado con sus relevantes cualidades el doctor Catalá y Albosa. Nació éste en Arenys de Mar en 1.º de noviembre de 1835, y estudió en los seminarios de Gerona y Barcelona y á los veintitrés años ordenóse de presbítero, debiendo para ello obtener dispensa de edad. Fué secretario del arzobispado de



EXCMO. É ILMO. SR. DR. D. JAIME CATALÁ Y ALBOSA, obispo de Barcelona, fallecido el día 21 de este mes (de fotografía de Martí)

Tarragona con el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Tomás Costa y Fornaguera, y poco después obtuvo un beneficio en el pueblo de su naturaleza. En diciembre de 1878 fué nombrado obispo de Canarias, en febrero del año siguiente consagrado obispo de Cádiz y en abril de 1883 de Barcelona, en donde hizo su entrada oficial el día 12 de octubre, dejando en todas partes los más gratos recuerdos. Consumado maestro en el arte de gobernar y de conciliar voluntades, trataba las cuestiones más abstractas con admirable claridad y resolvía los asuntos más difíciles con penetración profunda, exquisita prudencia y delicado tacto. Enérgico y emprendedor, la vida y la actividad reinaban allí donde llegaba el influjo de su acción y de sus iniciativas, á las cuales se debieron el Sínodo Diocesano celebrado en Barcelona en 1890, la construcción de la fachada de la catedral y de las iglesias parroquiales de Santa Madrona y del Santo Angel Custodio de Hostafranchs, la reglamentación y obras del Seminario conciliar, la Coronación de Nuestra Señora de la Merced que con tanta solemnidad se verificó en 1888, el arreglo de la Caja Diocesana, la fundación y propagación de muchos institutos religiosos, los ejercicios espirituales del clero, dos peregrinaciones á Roma, las Misiones de esta ciudad y otras obras de no menor importancia. Mientras disfrutó de buena salud, no perdonó fatiga ni excusó trabajo en el ministerio de la Santa Pastoral Visita. Dos veces recorrió toda la diócesis, visitando todas las iglesias y cementerios, predicando en todas las parroquias, examinando los libros sacramentales, enterándose de todo personalmente, ayudando á los párrocos con sus sabios consejos en los conflictos que se les suscitaban y apoyándose con el poderoso auxilio de su autoridad.

Conocidas son de todos sus iniciativas en el Congreso nacional de Zaragoza para la solución del problema social, que era su preocupación continua, á fin de afianzar el orden, llevar el bienestar á la clase trabajadora y las doctrinas de Jesucristo al hogar del obrero. Su amor para con los pobres no tenía límites, y llevado de su grandeza de corazón mostrábase pródigo en sus limosnas.

Excelente patricio, las desventuras que sobre España han caído recientemente pesaron dolorosamente sobre su corazón y tal vez aceleraron su muerte.

Su cariño á Barcelona le había hecho renunciar varias veces altas dignidades de la Iglesia que le ofreció el gobierno de Su Majestad. Barcelona supo siempre corresponder á tal afecto, y con motivo de su fallecimiento y con ocasión de su entierro solemnísimo se han patentizado el amor y el respeto que sentían sus diócesanos por el doctor Catalá, cuya alma habrá acogido el Todopoderoso otorgando merecida recompensa á sus virtudes.

Amparo de los caminantes, cuadro de Federico Uhde.—El pensamiento que informa este hermoso cuadro es bellísimo: él nos enseña cómo la reina de los cielos vela siempre por sus hijos en la tierra y cómo les sirve de guía y amparo en su peregrinación por este mundo. Perdido en la inmensa llanura cubierta de espesa capa de nieve, el infeliz caminante habría sin duda perecido si la Virgen, que el pintor nos representa bajo la forma de una pobre mujer, compañera suya en aquel penoso camino, no le hubiese conducido hasta el lugar en donde hallará seguro refugio. Para dar forma á esta

idea, el famoso pintor alemán Federico Uhde ha derrochado una vez más los tesoros de su paleta privilegiada, venciendo merced á su gran talento y á su absoluto dominio de los recursos técnicos las dificultades, que para otros habrían sido insuperables, de su composición; dificultades que con poco esfuerzo se comprenden, con sólo tener en cuenta lo que significa impregnar de poesía un paisaje triste y monótono y dar á la figura que en él destaca esa expresión divina y humana al mismo tiempo que sintetiza la concepción del autor.

M. Félix Faure.—Cuando fué elevado á la presidencia de la República Francesa el eminente estadista cuya muerte llora actualmente la nación vecina, publicamos una extensa biografía del hombre que por sus propios méritos supo elevarse desde una posición modesta á la primera magistratura de su patria. Por esta razón, únicamente reproduciremos los principales rasgos de la misma. M. Félix Faure nació en el Havre en 1840, educóse en una escuela profesional y pasó luego á Inglaterra para completar sus estudios industriales y mercantiles. A su regreso á Francia fundó una fábrica en donde trabajó personalmente, mostrándose operario más bien que dueño y logrando conquistarse una fortuna considerable y un nombre respetado. En el Havre fué cónsul de Grecia, teniente de alcalde y juez del Tribunal de Comercio. A los cuarenta años fué elegido diputado por primera vez, siendo al poco tiempo nombrado subsecretario del ministerio de Comercio y de las Colonias en el Ministerio de notables formado por Gambetta: igual cargo desempeñó con Julio Ferry en 1883 y en 1888 en el primer ministerio de Carnot; poco después, encargóse de la cartera de Marina en el ministerio Dupuy. En 17 de enero de 1895, después de la dimisión de Casimiro Perier, 480 votos le elevaron á la presidencia de la República.

Los cuatro años de presidencia le conquistaron generales simpatías, y la afirmación de la alianza rusa constituye un hecho que por sí solo hará glorioso su recuerdo entre todos los franceses. Con razón ha dicho de él uno de sus biógrafos que Félix Faure, dotado de aptitudes públicas y privadas muy notables, prestó importantísimos servicios á su patria, porque tuvo las virtudes capitales del pueblo francés: la virtud del trabajo, la virtud del ahorro y la virtud del desvelo por el bienestar de su patria.

Hombre sin vanidad, tenía, sin embargo, ese noble orgullo del que llega sin protección y sólo por su propio valer y sus propios esfuerzos á los puestos más elevados.

De arrogante figura y de maneras distinguidas, era en lo físico y en lo moral un gran señor, de gustos aristocráticos que más de una vez le valieron las censuras de aquellos demócratas que entienden que el ser republicano quiere decir estar refiado con el buen tono y con las maneras y las costumbres que se apartan de lo vulgar y ordinario.

Tenía verdadera pasión por la caza, y las expediciones cinegéticas que con gran frecuencia organizaba eran siempre magníficas. Sportman por temperamento, cultivó todos los ejercicios corporales con decidido entusiasmo, y lo mismo antes que después de ser presidente se le veía en los paseos de París guiando coches, corriendo en bicicleta y montando á caballo. De todos estos ejercicios, sin embargo, el que más le apasionaba era la equitación, siendo uno de los mejores jinetes no sólo de Francia sino de Europa.

M. Faure era muy madrugador, y apenas levantado ponfase á trabajar despachando con sus secretarios y enterándose de la correspondencia; después daba un paseo y á las nueve ya estaba de regreso en el Elíseo.

Terminaremos estos ligeros apuntes copiando los siguientes



CHEPA, busto en barro cocido de Prudencio Murillo

párrafos escritos por persona que le trató íntimamente y que retratan de manera admirable una de las fases de la personalidad moral del difunto presidente.

«Era el tipo del parisiense fino, culto, amable, en cuya boca había siempre la galantería para quien le hablaba. De educación esmeradísima y talento superior, hizo siempre gala de una exquisita cortesía para con todo el mundo. El tsar de Rusia, la reina Victoria y cuantos soberanos tuvieron ocasión de tratarle de cerca, quedaron encantados de su gracia y de su conversación.

«El, un hijo del pueblo, podía dar lecciones de *sprit* á las testas coronadas.»

Chepa, busto en barro cocido de Prudencio Murillo.—El hermoso estudio que publicamos en estas pági-



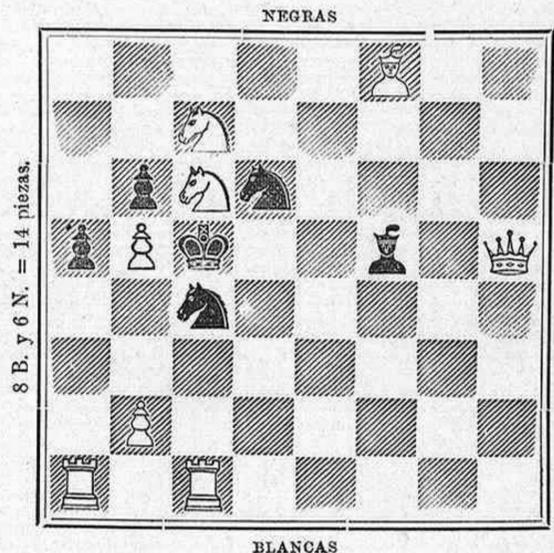
M. FÉLIX FAURE, presidente de la República Francesa, fallecido el día 16 del presente mes

nas es digno compañero de los que recientemente hemos dado á conocer á nuestros lectores, como resultado de las aptitudes y laboriosidad del discreto escultor D. Prudencio Murillo, pensionado en Roma por la Diputación de Lérida. Inspirado en uno de los personajes de *María Rosa*, una de las más notables producciones del dramaturgo catalán Angel Guimerá, es *Chepa* la representación fidedélima del tipo creado por el poeta, á la vez que un verdadero estudio, digno á todas luces del buen nombre que ha sabido conquistarse el joven artista llerdense.

Necrología.—Han fallecido: Edmundo Hohn, director de la oficina internacional de la Unión Postal Universal en Berna. Fernando Rothbart, celebrado pintor de historia alemán.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 151, POR J. TOLOSA Y CARRERAS

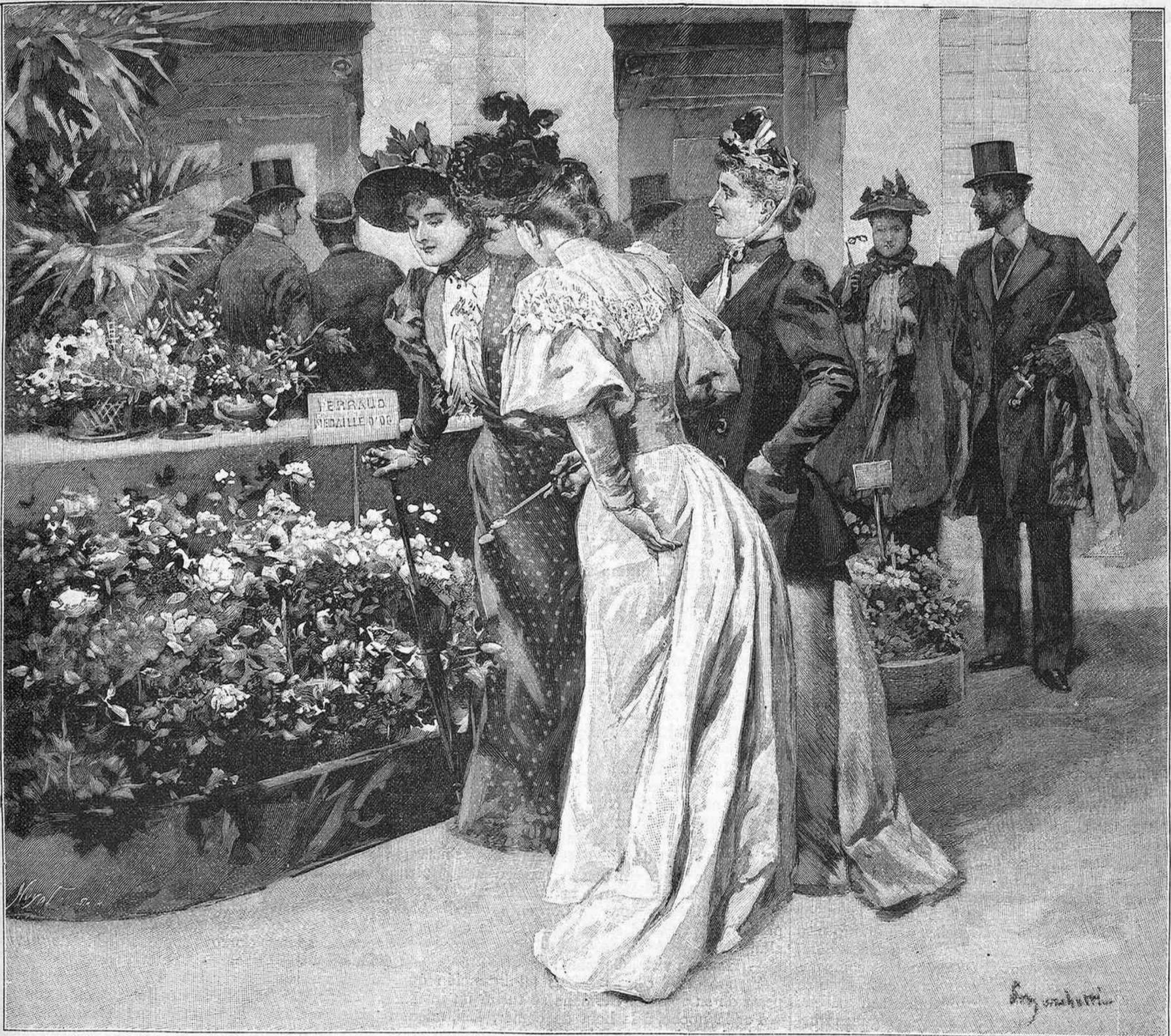


¿Cuál es la casilla en que ha de colocarse el Rey de las blancas, para que, jugando éstas las primeras, puedan hacerse dar mate en tres jugadas?

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 150, POR V. MARÍN

- | | |
|--------------------------|---------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. P7CR | 1. A toma D ó A (*) |
| 2. T de 6 A á 6 CR ó 2 A | 2. Cualquiera. |
| 3. C6AD mate. | |

(*) Si 1. P4R; 2. T3AD, y 3. C6AD mate; - 1. A6D jaque; 2. D toma A jaque, y 3. T6R mate; - 1. A3CR; 2. T de 6 A toma A, y 3. C mate; - 1. A5R ó 4 AR; 2. T de 6 A á 6 R, y 3. C ó A mate; - 1. A de 7 CD juega; 2. C toma A jaque, y 3. A ó T mate. La amenaza es 2. T toma A, y 3. C6AD mate.



— ¡Oh! ¡Qué magníficas rosas!, exclamó una de aquellas jóvenes señoras

INSEPARABLES

NOVELA POR JUANA MAIRET. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

En aquel mismo momento, también á una señal del *cicerone*, la banda se puso en movimiento con gran ruido de suelas en el pavimento de madera encerada, para ir á admirar más lejos una Sagrada Familia.

Distraídos, Esteban y Lili miraban desfilas á los viajeros, la mayor parte de los cuales parecían extenuados y deseosos de terminar pronto aquella pesada visita.

Cuando el ruido de los gruesos zapatos británicos se alejó por la larga galería, Esteban miró con alguna detención á su prima adoptiva. Sentíase nuevamente atraído por el encanto de algo extraño que había en ella, y que hacía que no se pareciese á ninguna de las mujeres que había encontrado en su camino. Quería obtener su perdón y ser amigo suyo, un amigo verdadero; no le hablaría nunca de amor, pero la consolaría, dando un poco de interés á su vida monótona y triste. En aquel momento era sincero. Tanto más sincero cuanto que Germana acababa de casarse, con gran sentimiento suyo, y por su parte deseaba tanto ser consolado como pensaba en consolar.

— ¡Usted no es feliz, Lili!

Lili se estremeció, y sin contestar le dirigió una mirada furibunda.

— Ya sé que no tengo derecho para hablarle así, para compadecerla; yo menos que nadie. Sin embargo, ¡si supiese usted cómo rebosa mi corazón de ternura por usted!

— No me extraña, contestó Lili con aspereza. Las declaraciones de un joven soltero á una mujer casada no comprometen más que á ella. No hay obligación de casarse.

— Se equivoca usted cruelmente, dijo Esteban con lastimera voz.

Era de una dulzura angelical, sintiéndose en aquel instante realmente lleno de sentimientos elevados, de excesiva ternura, de fraternal cariño, capaz de todas las abnegaciones.

— Si me atrevo á hablarle así, continuó él, es que el sufrimiento reconoce al sufrimiento y le saluda al paso. No me siento capaz de consolarla; pero le tenderé á usted la mano como á una hermana querida... Y nada más. ¿No quiere usted comprenderme? ¿La irrito y la ofendo?.. Entonces me retiro.

— No se retire usted aún. No me tiene resentida, y le comprendo más de lo que usted se figura, mi querido Esteban. Está usted triste y su corazón rebosa... La señorita de Verneuil se ha casado hoy.

— Le juro á usted...

— ¡No jure! Quizá soñó usted un momento ser el esposo de Germana de Verneuil, como, ya ve usted que soy franca, como un día soñé yo casarme con usted. Cuando uno es joven, tiene de esos sueños absurdos, de los cuales se ríe más tarde, sintiéndose lleno de piedad y de desdén para su propia locura. Usted cree que le guardo rencor, y tiene remordimientos, aunque muy débiles. Pero así y todo, son superfluos. Ahora conozco la vida y encuentro que hizo usted bien en no casarse conmigo. Yo tengo mala sombra; la desgracia va conmigo. Lo que le digo á usted es un poco romántico, un poco de «Hernani» para una mujer muy moderna. Pero estoy convencida de que hay pobres seres destinados á no tener nunca suerte en la vida y á sembrar la desdicha en torno suyo. Y como la primera prueba de sensatez consiste en ver de sacar el mejor partido de esta triste vida, opino que hizo usted muy bien en desdeñarme. Hubiera usted hecho mejor no procurando trastornarme la cabeza; pero usted creía que esta cabeza era firme y serena, y no se equivocaba del todo. Yo creo que le quería á usted por la posibilidad de salir, casándome con usted, de una esfera mezquina y odiada, para entrar en otra que no oliese á tocinería ni á guano. Ya ve usted que el corazón no entraba por

Marchetti

mucho en todo eso. Ambos jugábamos al mismo juego. Usted ganó la partida. Soy buena jugadora y no le guardo rencor. No tengo inconveniente en aceptar esa mano «fraternal» que me tendía hace un rato de una manera tan conmovedora.

Esteban le dijo entonces:

— ¿Y contestará usted á mi pregunta?

— ¿A propósito de mi dicha conyugal? Aunque es indiscreta, contestaré á la pregunta. Siempre da gusto hablar de uno mismo. Creí un momento que iba á ser feliz; fué cuando me vi con mi hijo en mis brazos. Aquella dicha duró tres meses, y creo que entraré con mi hijo todas mis esperanzas y toda la ternura de que yo era capaz. Pero no exageremos nada. Como los enfermos que se complacen en referir detalladamente sus males, amplificándolos y acabando por crearse con ellos una especie de aureola, los desengañados de la vida convierten su fastidio en pena y su desaliento en una gran desesperación. Mi marido es un marido muy conforme y yo soy una mujer muy pasable. Somos, pues, un matrimonio regular. Pero si yo esperé escapar á la vida mezquina con mi casamiento, y él, por su lado, se imaginó hacer fortuna con mi dote, no nos ha salido la cuenta, ni mucho menos. Mis pobres cien mil francos corren gran peligro, si no están perdidos ya en una especulación de hotelitos de batalla y coquetones que ahora nadie quiere. León llegó tarde. Cinco años antes, varios colegas suyos habían ganado mucho dinero haciendo ni más ni menos que lo que él ha hecho después. ¡La desgracia que me persigue! Tenemos sobrada educación para decirnos cosas ofensivas. Pero, en el fondo, me da rabia que haya echado al aire mi pequeña fortuna, y él no me perdona que yo se lo haya consentido. Su especulación matrimonial le ha salido mal, como las otras. Se encuentra con una mujer que, después de todo, está en el derecho de vivir á costas de él y no tiene un cuarto. Afortunadamente él tiene algún trabajo, gracias á usted sobre todo...

— No; es sobre todo á Pedro, á quien debe la clientela de Verneuil.

— Prefiere agradecerse á usted. Eso no perjudica á nadie. Lo gracioso es que este marido, muy frío después de todo, está horriblemente celoso de Pedro, al paso que está encantado de usted.

Lili se sonrió ligeramente, y Esteban contestó con otra sonrisa. Un vago gesto decía, tan claramente como lo hubiera podido expresar la palabra: «lo de siempre...» Ella continuó con su tonillo frío, complaciéndose en hablar de sí misma y analizar su caso:

— Usted conoce esos hogares parisienses, muy decentitos, donde la pobreza real se oculta lo mejor posible bajo decorosas apariencias. Un quinto piso de una casa decente, con alfombra en la escalera, agua y gas; un salón demasiado grande en comparación con las demás piezas, y en cuyo cielo raso se ven blancas nubecillas sobre un fondo azul pálido; un piano con sus adornos de tapicería; algunas frusterías de anaquel compradas en el Bon-Marché; velos bordados en la sillería; una estatuita sobre la chimenea en sustitución del reloj, pasado de moda. La señora de la casa tiene su día de recepción y lleva un vestido de seda negra para recibir á dos ó tres mujeres, que llegan sin resuello á tales alturas y se creen obligadas á hacerle una visita cada año. Hasta se dan comidas, muy modestas, pero decorosas: vino embotellado, muy malo, bautizado con nombres sonoros; un pastel procedente de casa de un sub-Graff cualquiera, y un helado, todo servido por un portero disfrazado de criado. Los demás días se come pobremente, y el vestido de seda permanece guardado en el ropero. Los trajes ordinarios se confeccionan en casa y se economiza mucho el carbón. Los finales de mes son angustiosos, porque, aun yendo una misma á la compra y reformando los vestidos viejos, todo cuesta muy caro en París, y la mensualidad concedida á regañadientes se va como el agua. No es, pues, de extrañar que en ese juego chinesco, horriblemente complicado, de una ama de casa pobre, la inteligencia se achique, suponiendo que se tenga inteligencia. Se sienten alegrías de avaro por unos cuantos céntimos economizados, y terrores al pensar en el alquiler. He aquí, muy señor mío y primo, la confesión que me pedía, si no me equivoco. ¿Es bastante completa?

— ¡Pobre Lili!

— ¡Bah! No me compadezca usted demasiado. Me queda siempre el consuelo de sentirme muy superior á los que me rodean y á mi fortuna. Esto da cierta satisfacción de sí mismo y cierto desprecio de los demás, que algo valen.

Lili se levantó.

— ¿Nos volveremos á ver?

Al decir estas palabras, la voz de Esteban temblaba un poco. Estaba conmovido, lleno de una compasión real por aquella mujer que le había amado y á quien él no había querido.

Lili se detuvo un instante, y en su pálido rostro se dibujó algo parecido á la angustia. Pero esto no duró más que un segundo, y durante este segundo comprendió que de su contestación dependería quizá todo su porvenir. Sin embargo, contestó pronto con una tranquilidad aparente y mucha indiferencia en la voz:

— Debiera, tal vez, decir que no. ¡Pero me aburro tanto!., y no siempre tengo ocasión de hablar con un hombre inteligente, que sea al mismo tiempo un hombre interesante. Damos el jueves próximo una de esas pequeñas comidas de que hablaba, pastel, helado, vino malísimo... ¿Quiere usted acompañarnos? Mi marido se alegrará mucho.

— Les acompañaré con mil amores.

— Pues á las siete y media. Desconfíe usted del vino. Después de este aviso, no dudará usted de mi leal amistad.

Y desapareció, dejándole pensativo.

Él también vió el porvenir con terrible lucidez. Lili le amaba aún, y él sentía de nuevo con violencia el caprichoso efecto que ya le había inspirado una vez. El desenlace estaba previsto, era casi inevitable. ¿Y... después?

Conocía y temía todos los inconvenientes de unas relaciones ilícitas con una mujer de sociedad; y él era un egoísta amable y simpático que de la vida únicamente hubiera querido coger las flores, y que siempre tomaba la crema de las cosas, dejando la broza á los demás. Estuvo á punto de rehusar aquella comida, que sería seguida de visitas desde luego y de citas después, más ó menos disimuladas, en museos y exposiciones, y por último de citas sin disfraz.

Indeciso, vacilante aún entre los dos caminos que se le presentaban, Esteban se dirigió hacia el hotel del conde de Verneuil, donde ya se despoblaban los salones, saqueado el ambigú, y donde los señores de la casa, cansados de tan larga jornada, aspiraban visiblemente al reposo. Germana, resplandeciente de hermosura como siempre, contestaba con graciosa amabilidad á las felicitaciones tardías; su marido, impaciente, le daba prisa para que fuese á cambiar de traje.

Al entrar, Esteban sintió que todos murmuraban por lo bajo: «Aquí está el pretendiente desdeñado.» Tal vez no había tal cosa, pero él se lo figuró. Y el amor propio herido hizo revivir el amor... ó lo que él llamaba así. Una sonrisa vencedora de Germana decidió de la suerte de Lili. Esteban mostróse más tranquilo que la novia, con una locuacidad casi insolente, y en el momento en que impulsada, al fin, por su madre, la nueva señora de Löwenthal se disponía á partir, él atravesó el salón para decirle en voz muy alta:

— ¡Hasta la vista, Germana!

Y supo dar á estas palabras tal intención que, á pesar de su aplomo, Germana se turbó un instante.

Por la noche, á la hora de comer, Lili, mientras servía al arquitecto un plato de sopa de hierbas, díjole con la mayor sangre fría:

— Cruzando las Tullerías, esta tarde, encontré á Esteban Dorsat. Estaba un poco avergonzado de su desvío con nosotros, y por mi parte me he mostrado magnánima, convidándole á comer para el jueves. Como el Sr. Dubois se excusó, nos quedaba un puesto en la mesa y lo utilicé.

— ¿Y aceptó?

— Con mucho gusto, ha dicho.

— Se figurará honrarnos.

— Si no deseas que venga, sabré encontrar una excusa.

— No..., no. Hiciste bien en convidarlo. Dorsat empieza á ser muy conocido y tal vez pueda serme útil de nuevo. Además alegrará nuestra comida.

— Sí, añadió Lili con su tranquilidad perfecta de mujer práctica; y de vez en cuando nos enviará billetes para los teatros.

— ¡Cosa que tu primo Pedro no hace casi nunca!, dicho sea sin reproche.

Durante todo el resto de la comida, León estuvo casi alegre, hablando amablemente con su mujer que, por su parte, estuvo afable.

Estaba visto que había hecho bien en convidar á Esteban Dorsat.

X

Una de las cosas que más alegran los paseos por París, es el espectáculo que ofrecen las grandes tiendas de flores. De algunos años á esta parte, las floristas se han convertido en artistas verdaderas. En ninguna otra parte se encuentran semejantes instalaciones. En otras ciudades, las flores cortadas y metidas en jarros de altura casi uniforme, se muestran recatadamente en modestos comercios, donde hay que entrar para saber que en ellos se encuentran

igualmente plantas vivas y ramos simétricos que parecen ramilletes artificiales. Sólo en París se ven, á través de altos cristales, en los barrios más hermosos, esas enormes ramas de lilas blancas, puestas en agua dentro de jarros de cristal; esas orquídeas de extraños colores y de formas más extrañas todavía, que caen en racimos graciosos; mazos de violetas de Parma, de camelias blancas y color de rosa, de azaleas de pétalos casi transparentes y finos colores; todo sobre un fondo de follaje; palmeras, cactus y culantrillos... Enormes canastillos, con anchas cintas hábilmente enlazadas, puestos sobre zócalos, se armonizan con las flores y salen fuera de la cesta como en plena libertad, en un soberbio desorden.

Los galanes ricos se gastan un dineral en flores raras; bonito lujo frágil, maravillas que no duran más que horas, símbolo quizá de un sentimiento que no ha de sobrevivir mucho á la ofrenda hecha en su nombre. Los galanes pobres, como los artistas, enamorados de la belleza doquiera se encuentre, se detienen un instante, dan gusto á los ojos, embalsaman sus pensamientos y siguen adelante con una sonrisa y una esperanza. Tal vez éstos gozan más que los otros de las flores que no pueden comprar.

La tía Rosa, activa é inteligente, orgullosa del resultado obtenido por la paciencia de su esposo, se indignaba de ver que, después de todo, no sacaba más que un módico producto de su trabajo. ¿Por qué no habían de instalar ellos también su tiendecita en París? ¡Oh! Una tienda muy modesta para empezar, al frente de la cual pondrían á un pariente pobre de Perraud, un muchacho inteligente y activo que buscaba colocación sin encontrarla. Pero Perraud, tímido y lento de espíritu, no tenía ganas de lanzarse á semejante complicación que podía fracasar. Ganaba para vivir los dos con holgura, y esto le bastaba, con tal de poder trabajar tranquilamente en su jardín, donde continuaba haciendo injertos y toda clase de pruebas. Pero la tía Rosa era tenaz, y decía, riendo, que era tendera hasta los tuétanos.

Hasta dos años después de su matrimonio no ganó el pleito, y en seguida su comercio de flores prosperó. La señora Perraud se cuidaba del negocio tanto como su joven primo. Carlota también, con gran disgusto de su hermana, decía «nuestra tienda» sin avergonzarse. Instaláronse pronto en la calle de la Chaussée-d' Antin, donde las rosas de Perraud se pusieron en moda. Además de rosas, vendían las flores más apreciadas; pero la reputación de la casa era debida principalmente á la variedad y á la belleza de las rosas.

Lili no se atrevía á pasar por la calle de la Chaussée-d' Antin. El nombre de «Perraud», escrito en grandes letras doradas sobre la puerta de una tienda, le disgustaba soberanamente.

También le disgustaba á Esteban, sin querer confesarlo. Lo sensible de su falsa posición consistía en la desigualdad inmensa de sus relaciones. Además, la vista de aquel nombre le traía recuerdos importunos. Mostrábase ingrato con aquella excelente mujer que le había tratado como á hijo, y cuyos modales plebeyos, robusta voz y gestos algo bruscos mortificaban su delicadeza de artista y de hombre de mundo acabado.

Las visitas á Sevres, cada vez más raras y que no se atrevía á interrumpir, le eran penosas, sin que fueran muy agradables á los Perraud. Tenían ya poco que decirse, y lo poco que decían daba en falso. Esteban se las arreglaba siempre para hacer su visita en compañía de Pedro, y la charla alegre y familiar de éste cubría su silencio aburrido. En aquella casa donde se encontraba tan á gusto, Pedro volvía á encontrar entonaciones de su infancia, gestos y modales plebeyos, olvidando gustoso los modales finos que sabía adoptar cuando la ocasión se presentaba, de la misma manera que se ponía el frac y la corbata blanca. En Sevres se emancipaba alegremente, riendo á carcajadas, mortificando á Carlota, que contestaba en el mismo tono, colmando á la tía Rosa de caricias y palabras zalamerías de niño.

Entonces Esteban se sentía súbitamente alejado de Pedro como de los demás. Mientras que su camarada siguió siendo lo que había sido siempre, él, naturaleza de artista, poeta por las sensaciones exquisitas, se había refinado, y refinándose, se había vuelto insensiblemente extraño á las cosas de la infancia. No era suya la culpa, ni tampoco de Pedro; era fatal. Sufría al pensar que las personas que desconociesen el trabajo sutil que en él se había operado, podían atribuir su despegó á una inconstancia de naturaleza, á pobreza de corazón, mientras que él sabía que era efecto de una rara sensibilidad que se sentía herida y lastimada por pequeñeces casi imperceptibles, que en nada mortificaban á los seres más comunes.

Pedro, por su parte, en la fe robusta de su amistad, atribuía la irritabilidad de Esteban á pesares

ocultos, ó también al disgusto que le causaba el aplazamiento de su estreno en el teatro Francés. Por encima de su comedia había pasado, rompiendo el turno, otra de un autor célebre, y los dos jóvenes se inclinaron ante la reputación del grande hombre. Pero la contrariedad fué muy viva, sobre todo en Esteban.

Pedro se contentaba con las explicaciones que se daba á sí mismo, sin dejar de sufrir viendo á su amigo cada vez más entregado á una sociedad fútil, asiduamente concurrente á casa de Löwenthal, tomando parte en todas las diversiones, en todas las locuras de la joven baronesa, que con soberana imprudencia echaba el dinero de su marido por todas las ventanas del hotel, ostentaba un lujo desenfadado, y hacía ya hablar de ella más de lo conveniente.

Si Pedro se negaba á ver cambio alguno real en su amigo, no se le ocultaba, sin embargo, que éste atravesaba una crisis peligrosa para su dignidad de hombre; peligrosa también para su talento de escritor.

Si el horrible artículo de periódico de que no habían vuelto á hablar, acudía con frecuencia á la memoria de Esteban con su burla final: «Hermanos siameses, ¿para cuando es la operación?», Pedro lo recordaba también alguna que otra vez, cuando un aumento de frialdad en Esteban y ausencias más frecuentes de la habitación común despertaban al excelente muchacho de su confianza ciega, obstinadamente optimista.

Por esto deseaba que llegase el momento de volver á trabajar seriamente juntos. Desde el gran esfuerzo del *Matrimonio mundano*, no habían emprendido ninguna obra nueva. Cada uno trabajaba separadamente: Esteban, en una novela corta, pedida por la Revista que había publicado ya su bonita narración, que tanto éxito alcanzó entre las damas; Pedro, en un volumen titulado *Escenario y Bastidores*, destinado á ser ilustrado y publicado con lujo, como libro propio para regalo de Año Nuevo. Hasta su trabajo les separaba, pues, en vez de unirlos. Pedro no aprobaba la marcha de su amigo; Esteban sentía despertar sus celos al leer una de las cortas narraciones de Pedro, cuyo sabor y realidad picante reconocía.

Pero si se aproximaba la tormenta, el cielo estaba aún sereno. Por el momento, el objeto principal de conversación era el sueño realizado al fin, ó á punto de realizarse, de la bonita habitación de solteros, con su fumadero oriental. Estuvieron buscando esta maravilla con alegría infantil. Un día Esteban anunció que había encontrado el entresuelo que necesitaban, en una gran casa nueva, admirablemente dispuesta, en el barrio del Trocadero, y con dos salidas. Pedro fué á visitarlo y le gustó, aunque le pareció que tal vez sería un poco grande y demasiado caro para ellos. Sin embargo, se dejó persuadir fácilmente. Pero aquella habitación ideal no sería disponible hasta dentro de algunos meses. Cuando Esteban hizo observar á su amigo que, para firmar el arrendamiento, su doble nombre ofrecería quizá inconvenientes, y que habiendo sido siempre Pedro el hombre de negocios de la asociación, era natural que la casa se alquilara á su nombre, éste no hizo la menor objeción.

— Ahora, el mueblaje me corresponde, añadió Esteban; yo entiendo más que tú en chucherías y cortinajes; nací para tapicero y he descubierto una porción de sitios donde se encuentran maravillas casi de balde.

— Conozco tus hallazgos, dijo Pedro riendo; encuentras unas baratijas capaces de arruinar á un potentado. Ten presente, al menos, que somos unos pobres diablos sin más fortuna que nuestras plumas.

— No temas. Te prometo no pasar de la cantidad convenida y puesta de lado para ello. Quisiera gozar de tu sorpresa cuando entres por primera vez en ese famoso fumadero de que hablas desde *La Figurante*.

Pedro había cedido una vez más, muy indiferente á las cosas exteriores, sin necesidad de lujo, apenas sensible á la comodidad. No volvió al entresuelo, por dar gusto á Esteban y verlo más alegre y afectuoso de lo que había estado durante mucho tiempo.

La portera llamaba á Esteban «Sr. Froment,» por cuanto la habitación estaba alquilada á nombre de éste y no veía á nadie más que á aquél.

Llegó la primavera hermosa, y con la primavera se acercaba el famoso estreno del teatro Francés; se le anunciaba para primeros de junio. Esto no era lo prometido, es decir, un estreno al final del otoño que permitiese á la obra seguir su carrera triunfal á través de los meses de invierno, si tanto éxito tuviese. Pero, después de todo, como decía Pedro filosóficamente, una obra de verano, siendo buena, salta por encima de las vacaciones para reaparecer después. Esteban, nervioso y de muy mal humor, no sabía halagar el amor propio quisquilloso de sus intérpretes; hubo rozamientos de una y otra parte, y Pedro, más pacífico por naturaleza, asistió, una vez más, poco menos que solo á los ensayos.

En aquella época, Germana, que daba fiestas sobre fiestas en su maravilloso hotel, de cuyo lujo se ocupaban las crónicas parisienses, acaparaba sin miramientos á su amigo de la infancia, mil veces más imperiosa y más indiscreta de lo que lo había sido su madre. Y Esteban deslumbrado por aquella vida loca, arrastrado por el torbellino, no tenía tiempo ni aun para continuar su novela.

La condesa amonestó á su hija, la cual, por gusto, por ligereza, por jactancia ó por odio á su marido, que había querido echárselas un instante de despota doméstico, se complacía en comprometerse. Cuantos observaban con sangre fría aquella carrera desenfrenada, en que el placer mismo tenía más muecas que sonrisas, se preguntaban: «¿Cuándo llega el desastre?» Naturalmente se le atribuía un amante, quizá varios. Unos citaban á Esteban; otros, más ladinos, sospechaban del bello español. Cuando sus amiguitas le hablaban de las maledicencias que corrían acerca de ella, se echaba á reír diciendo:

— Lo más gracioso es que no hay una palabra de verdad en esos chismes. ¡Yo misma no me lo explico! Más que virtud, será falta de tiempo. ¡Estoy tan ocupada en no hacer nada!

Si los días primaverales se anunciaban para los jóvenes autores con las emociones de la gran partida que iban á jugar, se anunciaban también para el humilde hogar de Sevres con emociones no menos vivas. La señora de Perraud era una ambiciosa. Después del éxito de la empresa de París, aspiraba á coronarlo con una hermosa medalla de oro en la Exposición de horticultura, y quizá con el diploma de honor. Perraud había obtenido modestas recompensas en varios concursos, y con ellas se daba por satisfecho, como hombre tranquilo y bastante indiferente. Su mujer le reprendía. Según ella, nadie le aventajaba. ¿No había trabajado como un sabio — sí, señor, como un sabio — rompiéndose los cascos para obtener rosas extraordinarias? Entonces, ¿por qué no había de darse á conocer ante el público ilustrado..., ante ese público que necesita eternamente que le digan lo que debe admirar? Era preciso moverse, llegar á hacer una instalación soberbia, lujosa, que llamase grandemente la atención, y no contentarse con alinear rosales como cebollas en macetas.

Perraud, encogiéndose de hombros, dejó que su mujer y su sobrina se las despachasen á su gusto. Carlota se entusiasmaba también con la idea de hermosas recompensas, indignándose de que todo el mundo no estuviese convencido, como su tía y ella, del mérito trascendental de aquel gran taciturno.

Era muy simpática Carlota; no muy bonita, pero agradable, con sus bellos ojos negros y la más adorable de las sonrisas, que dejaba ver dos hileras de blancos y pequeños dientes. Aunque menos exuberante que á los catorce años, seguía siendo muy alegre, activa, siempre en movimiento, sumamente animada. No le faltaban pretendientes, pero no le gustaba ninguno. No contaba casarse joven. La tía Rosa esperó tener treinta y cinco años, y no le había ido mal. Ella tal vez no llegaría á tanto; pero aún no era mayor de edad; todavía le quedaban hermosos años de vida.

En medio de su charla, la tía Rosa descubrió de pronto una pequeña detención, una vacilación momentánea, y en sus ojos francos una mirada algo velada, que desapareció en seguida. Y la tía Rosa advinó que la chica guardaba indefinidamente, guardando animosa su secreto, como saben guardarlo las mujeres dignas, sin quejarse, sin confesarse quizá á sí mismas todo lo que sufren, y acabando, á fuerza de valor silencioso, por vencer este sufrimiento, por aceptar la vida tal como se ofrece y por hacer todo lo posible para que esta vida, ya que no pueda ser muy feliz, sea al menos buena y útil.

— ¡Pobre chica!, se decía la tía Rosa.

Y en su beso materno, más dulce que de ordinario, ponía algo de su piedad; no mucho, sin embargo, á fin de que Carlota no se creyese adivinada.

Todos los domingos, cuando llegaba Pedro, contento de verse nuevamente entre los suyos, no sospechaba que la alegría de la joven era tal vez algo forzada. Siempre la había conocido risueña y locuaz; no veía en ella ningún cambio, y la trataba siempre como á una hermanita con la cual no se gastan cumplidos.

Nunca había estado tan lejos de pensar en el matrimonio. Una vez le sonrió esta idea, pero todo había pasado.

Sin sospecharlo, como sucede tan á menudo en la vida, Pedro pasó al lado de un amor cándido y joven y de una abnegación tierna y absoluta. La felicidad roza con más de uno en su camino, sin que éste vuelva la vista siquiera, sin que se pregunte qué voz es la que le habla suavemente al oído, diciéndole palabras que apenas distingue y de que no hace caso.

Al lado de esa exposición de pintura que se llena de gente los primeros días, pero los primeros días nada más, se encontraba esa otra exposición de flores de maravillosos matices, de soberbias plantas, de frutas en árboles enanos, con que se adornan las mesas lujosas en los bailes y en las bodas de los ricos; donde los racimos de uva de forma perfecta y los platos de cerezas de brillante color rojo, parecen artificiales, ¡de tal manera se han formado á voluntad del horticultor!

Una adorable mañana de sol, nada fría á pesar de la estación, había seducido á una muchedumbre elegante, sorprendida de encontrarse en la calle antes del mediodía. El aire tibio, el cielo radiante, las maravillas de color que llenaban los bosquetes, daban alegría á todo el mundo, haciendo á las mujeres más bonitas y á los hombres más amables que de ordinario. En el gran pabellón donde los expositores habían acumulado sabiamente sus flores más raras, se cruzaban los grupos, y el ruido de las conversaciones llenaba la enorme nave, cuya atmósfera húmeda, cargada de las emanaciones de la tierra y de los perfumes de millares de flores, resultaba casi fría al entrar del jardín.

El más tumultuoso de aquellos grupos mundanos, compuesto de tres mujeres jóvenes de una elegancia extremada, muy bonitas, y de media docena de pollos irreprochables, á conciencia de sus sastres, avanzaba ocupando casi toda la anchura de los paseos, obligando á los demás concurrentes á cederles el paso, como conquistadores arrogantes en país de conquista. Entre cierta gente, el mal tono parece haber sustituido, de algún tiempo á esta parte, á los buenos modos, casi como las palabras groseras y las chanzas atrevidas reemplazan al ingenio, y el ruido á la fucundia verdadera. Cantar canciones de café-concierto, exhibirse en trajes que no se atrevería á llevar ninguna mujer galante de las que se precian de vestir con elegancia, tal era la noble ambición de más de una bella dama de las que ostentan títulos auténticos.

Germana, dispuesta siempre á la excentricidad, loca por los placeres, vino, al casarse, á formar parte de esa sociedad malsana, comparada con la cual, la de su madre, con ser poco austera, le parecía terriblemente rancia.

En el centro de su grupo, Germana triunfaba, muy hermosa, con su traje riquísimo color de violeta claro y su cabellera de oro cubierta apenas con una capota minúscula del mismo color del vestido. Siempre llevaba su escolta de jóvenes enamorados, de los cuales se burlaba soberanamente.

Sin embargo, se burlaba menos de Esteban que de los demás, y no se burlaba poco ni mucho del duque de Señas, que la asediaba ahora de cerca.

Aquel día Esteban había querido evadirse, con el pretexto de tener que ir al ensayo del *Matrimonio mundano*, cuyo estreno estaba anunciado para la semana siguiente. Pero Germana no lo había consentido, y él, como siempre, había acabado por ceder.

— ¡Bah! Esas cosas no son para usted, mi querido Esteban. Cuando una obra se hace entre dos, los trabajos fastidiosos pertenecen al uno y los triunfos al otro, como en los buenos matrimonios, según dicen. Yo no lo sé.

Aquel mismo día, Germana había tenido un altercado de inusitada violencia con el barón, que empeñaba á creer que su negocio matrimonial era un mal negocio, y la joven baronesa estaba sumamente nerviosa. Cada vez que Germana dejaba entrever los disgustos de su vida conyugal, Esteban no podía disimular su poquillo de satisfacción, y se aventuraba á dar á aquel marido odiado su antiguo apodo.

— ¡Qué! ¿No ha estado amable hoy nuestro querido «Pourri de chic?»

— ¡Qué pródigo es usted, amigo Esteban! Económice usted las dos últimas palabras, murmuró Germana entre dientes.

El ruidoso grupo cuyo centro ocupaba la baronesa de Löwenthal se detuvo delante de la instalación que ostentaba en medio de una mezcolanza extraordinaria de rosas de toda especie, colores y tamaños, á cual más exquisitas, la mención *Medalla de oro*. El nombre del horticultor así recompensado se leía en un cartelón.

— ¡Oh! ¡Qué magníficas rosas!, exclamó una de aquellas jóvenes señoras.

Germana, sirviéndose de un *impertinente* de oro y nácar, so pretexto de un poco de miopía, leyó el nombre:

— Perraud... Este nombre no me es desconocido. Diga usted, Esteban, ¿no es el marido de su tocinera?

— ¿Cómo, su tocinera? ¿El Sr. Dorsat tiene una tocinera sobre la conciencia? A ver, á ver, cuéntenos usted...

(Continuará)

CARLOS FEDERICO CLAUS

Con la muerte del profesor Carlos Federico Claus, recientemente acaecida en Viena, ha perdido la ciencia zoológica á uno de sus más ilustres representantes, cuyo nombre irá siempre unido á los progresos de la Zoología. Cuando en 1873 fué llamado de Gottinga á Viena para encargarse de la cátedra de Zoología y Anatomía comparada en aquella Universidad y de la presidencia del Instituto Zoológico-anatómico que entonces se acababa de fundar, Claus encontró en la capital de Austria el terreno perfectamente preparado, pues el estado de adelantamiento de aquella facultad de Medicina, una de cuyas ciencias auxiliares es la Zoología, era prenda segura de éxito para los esfuerzos del sabio naturalista. Las ricas colecciones del palacio imperial habían favorecido desde muy antiguo el estudio de las ciencias naturales descriptivas (Zoología, Botánica y Mineralogía), creando un núcleo de investigadores ilustres, aunque de opiniones demasiado conservadoras.

A Claus le estaba reservada la gloria de dar á aquellos estudios un nuevo y poderoso impulso con la introducción de la teoría de la evolución. Partidario entusiasta de Darwin, cuando propagó las doctrinas de éste desde la primera cátedra de Zoología del imperio austriaco, acudieron á su aula oyentes de todas las facultades. Sus opiniones, sin embargo, diferenciábanse de las de otros representantes del darwinismo en que sólo daba gran importancia á la selección natural para la regularización de las especies, pero no para la creación de especies nuevas, originándose de aquí interesantes controversias entre él y otros sabios naturalistas, como Haeckel, Nageli, Weismann, etc.

Claus pertenecía al número de investigadores, cada vez más raros en esta época de especialistas, que dominan por igual toda la ciencia á que se dedican, y de ello es buena prueba el hecho de que siendo su especialidad los invertebrados, escribió el notabilísimo *Tratado de Zoología*, libro del cual se han hecho ediciones numerosas y que ha sido traducido á multitud de idiomas (1).

(1) La traducción española de este libro forma parte de la *Historia Natural* publicada por la casa editorial de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que consta de 13 tomos profusamente ilustrados y encuadernados y se vende á 65 pesetas.

Además de la cátedra y de la presidencia del Instituto, tenía á su cargo la dirección de la Estación Zoológica de Trieste, admirablemente organizada por él, adonde acudían, además de sus discípulos de Vie-

tor de Zoología en Wurzburg. En 1868 fué llamado á la Universidad de Hesse y en 1870 á la de Gottinga, en donde permaneció hasta que se trasladó á la capital de Austria. Hace algunos años renunció á su cátedra, antes de alcanzar la edad reglamentaria, por haber sido dividida contra su voluntad la asignatura que explicaba: su retirada estimóse unánimemente como una gran pérdida para aquella universidad.

Era miembro de la Academia de Ciencias de Viena y consejero áulico, y deja escritas más de 150 obras y monografías, entre las cuales merecen ser especialmente citadas las siguientes: *Fundamentos de la Zoología*, *De los límites de la vida de los animales y de las plantas*, *Lamarck como fundador de la teoría de la descendencia*, *De la apreciación de la selección natural como principio explicativo*. - X.



EL ILUSTRE NATURALISTA CARLOS FEDERICO CLAUS, recientemente fallecido en Viena

DIA DE BORRASCA

CUADRO DE JORGE BELLONI
(Exposición Nacional de Turín. 1898)

El celebrado pintor italiano Jorge Belloni, que antes cultivaba el paisaje, hace algunos años se dedicó á la pintura de marinas: su aparición como marinista data de la segunda exposición trienal celebrada en la ciudad de Brera el año 1894.

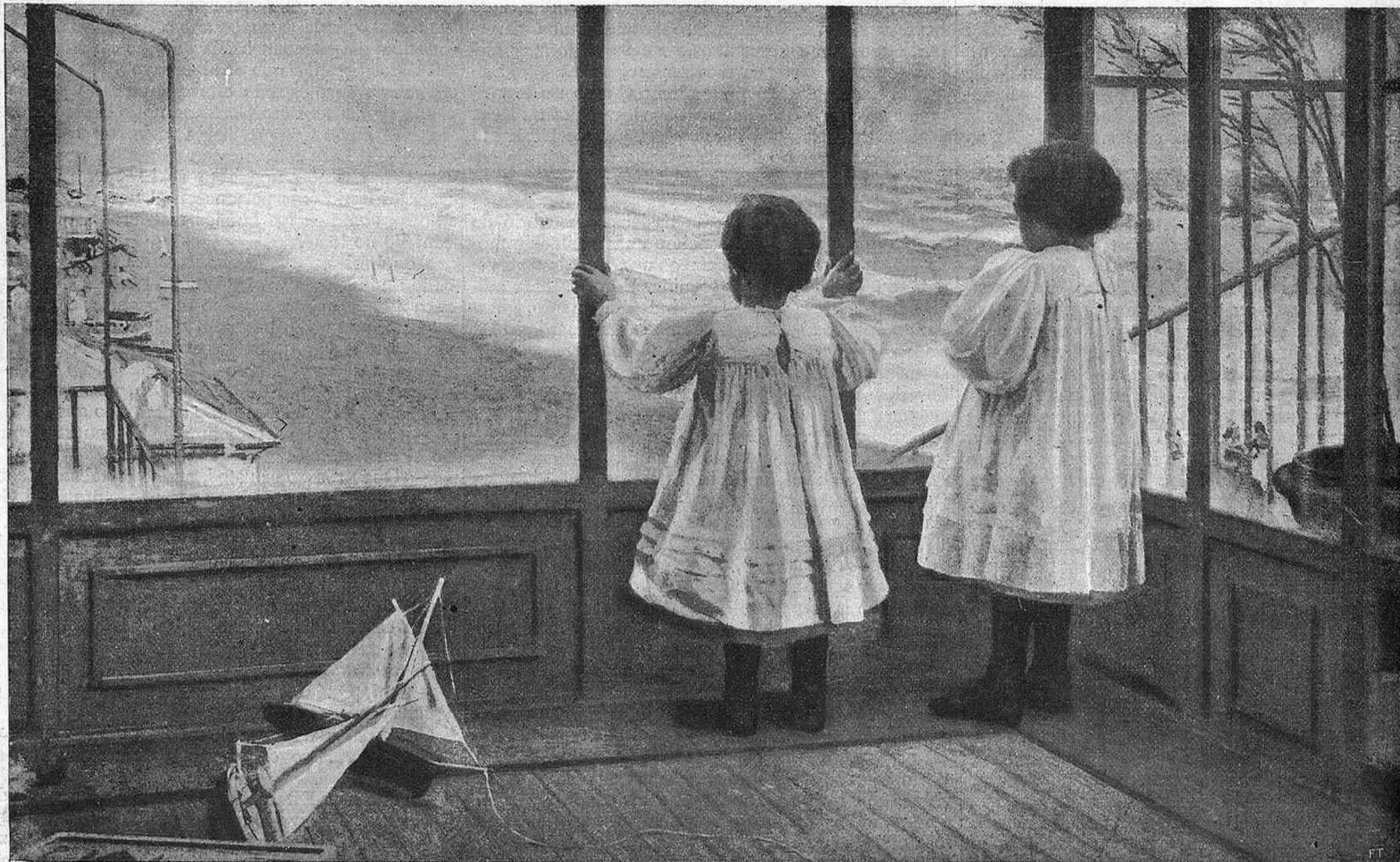
Desde entonces no ha habido en Italia exposición de bellas artes que no contuviera cuadros de este género de Belloni. El que expuso en la última Exposición Nacional de Turín, que en esta página reproducimos, es uno de los más interesantes de cuantos hasta ahora ha pintado, porque además del mar tempestuoso nos presenta una escena humana, una escena infantil deliciosa.

Dos niños contemplan extáticos las olas desde el mirador de su casa, y para presenciar aquel espectáculo grandioso que les tiene inmóviles y meditabundos, han dejado en el suelo los barquitos con que se entretuvieron antes de que el temporal les obligara á retirarse de la playa. No se ven sus rostros, pero fácilmente se adivina que aquella furia, aquel fragor, aquellas encrespadas y rojizas olas que hasta entonces vieran siempre tranquilas y azuladas, les producen admiración y miedo al mismo tiempo.

Esas figuritas son una de las más bellas creaciones de Belloni, y en su cuadro *Día de borrasca* armonízase el sentimiento, la figura y el ambiente. - X.

na, hoy muchos de ellos catedráticos, ilustres zoólogos extranjeros que allí se consagraban al estudio de las formas infinitamente variadas de las especies inferiores marinas. Los frutos de estas investigaciones están consignados en los «Trabajos del Instituto Zoológico de la Universidad de Viena y de la Estación Zoológica de Trieste,» que, redactados por Claus, constituyen un archivo de datos preciosos.

Carlos Federico Claus nació en Kassel en 2 de enero de 1835, y después de licenciarse en Medicina y Ciencias Naturales, fué nombrado en 1860 profe-



Día de borrasca, cuadro de Jorge Belloni (Exposición Nacional de Turín de 1898)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

DICCIONARIO DE MODISMOS, por Ramón Caballero. - Con decir que esta obra, cuya primera entrega hemos recibido, ha merecido los más entusiastas elogios de persona tan competente y de fama tan justa y universal como D. Eduardo Benot, queda hecha la mejor alabanza de la misma. Por esto nos limitaremos á decir que ese Diccionario comprenderá todas las palabras que se emplean en lenguaje figurado, todas las frases en que hay esas mismas palabras y todos los giros y construcciones que no son rigurosamente gramaticales y llevará además dos apéndices, uno de las frases y palabras latinas y extranjeras que se usan en nuestro lenguaje corriente, y otro de

las palabras que, empleándose en los modismos, no constan en el Diccionario de la Academia. Editada en Madrid por D. Antonino Romero (Preciados, 23), se publica en cuadernos de 24 páginas á dos reales cada uno.

FRUTA VERDE, por José María Quevedo. - Las poesías que componen esta colección tienen como nota saliente la espontaneidad, son impresiones momentáneas, como dice su mismo autor. Escritas en diferentes metros y sobre diferentes temas, aunque abundan más los amorosos, revelan no comunes aptitudes poéticas en su joven autor, que no ha cumplido todavía veinte años. *Fruta verde* ha sido impreso en La Plata (República Argentina) en la tipografía «La Ibérica.»

EN PRO DEL PATRONATO DEL OBRERO Y DEL TRABAJO NACIONAL, por Joaquín Coll y Regás. - En este folleto ha coleccionado su autor, el distinguido fabricante mataronés señor

Coll y Regás, varios artículos publicados en diferentes periódicos, en los cuales trata con acertado criterio asuntos tan interesantes como la cuestión social, el tratado de comercio con Alemania, el patronato del obrero y otros no menos importantes. El folleto ha sido impreso en Mataró en la tipografía de H. Abadal.

FÁBULAS, por Fernando Badía. - El conocido poeta sevillano Sr. Badía demuestra en las composiciones contenidas en este tomo aptitudes no comunes para el cultivo del género á que aquéllas pertenecen: sus fábulas, escritas en fáciles y armoniosos versos, encierran todas ellas recomendables enseñanzas que se desprenden naturalmente del asunto desarrollado y tienen un sello de originalidad que no siempre suelen encontrar los fabulistas. El libro, que lleva un prólogo del Sr. Rodríguez Marín, ha sido impreso en Sevilla en la tipografía de «La Andalucía Moderna.»

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DRORIAS

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

APIOLINA CHAPOTEAUT
 NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS
 PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



ENFERMEDADES DE ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendadas contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris. Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los Médicos.

Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.
 102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

EL APIOL de los Dres **JORET Y HOMOLLE** regulariza los MENSTRUOS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias

El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

OBESIDAD
PILDORAS DE REDUCCIÓN DE MARIENBAD

trata con éxito desde hace 30 años con las En las principales Farmacias

del Dr SCHINDLER-BARNAY, consejero imperial Son también muy eficaces para combatir el estreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero) Para los brazos, empleese el **FILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

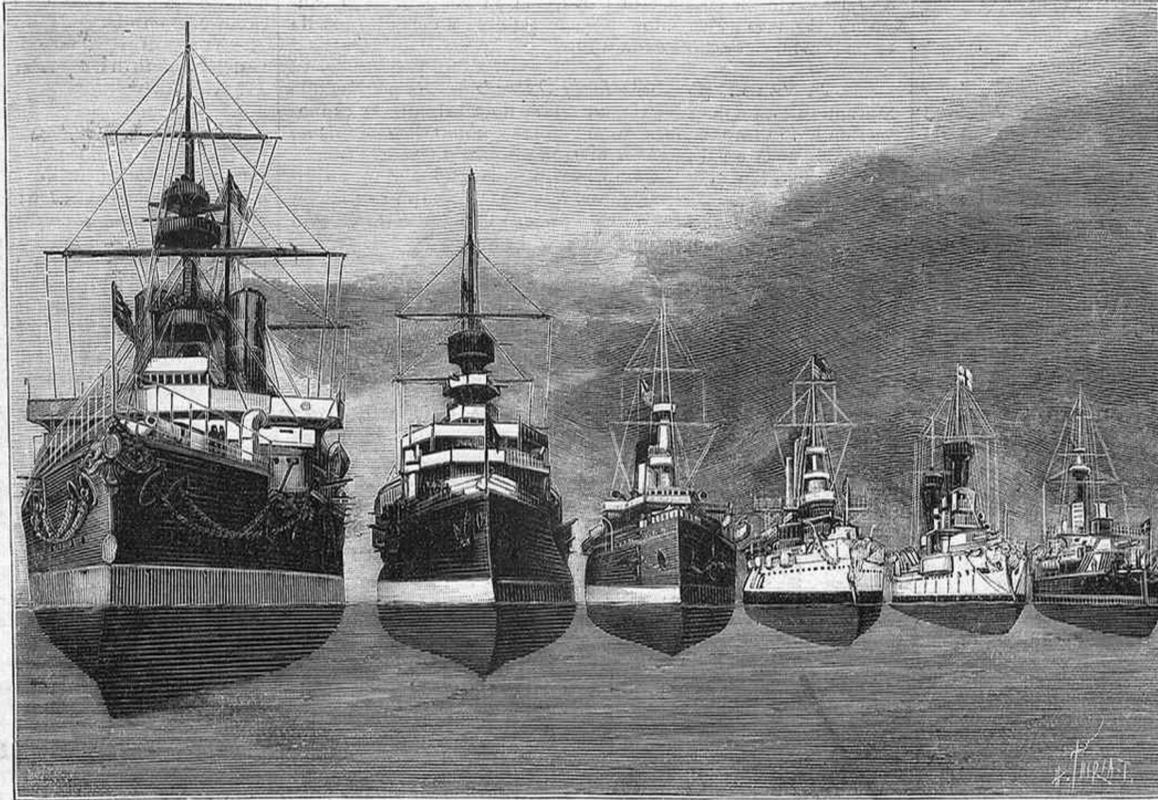
COMPARACION

ENTRE LAS ESCUADRAS DE LAS GRANDES POTENCIAS

El proverbio latino *si vis pacem para bellum* parece hoy de más actualidad que nunca. Las grandes potencias, temiendo ó preparando alguna agresión, consagran enormes sumas al presupuesto de su marina de guerra.

El grabado adjunto es una comparación cuidadosamente estudiada desde el punto de vista técnico de las escuadras de la Gran Bretaña, Francia, Rusia, Estados Unidos, Alemania é Italia representadas por otros tantos buques de guerra, cuyo volumen es proporcional al tonelaje de desplazamiento total de las flotas respectivas, tomando además en cuenta el coeficiente que resulta de la edad de los barcos.

El desplazamiento, aun corregido en lo que á este coeficiente afecta, no da ciertamente una base de comparación absoluta; pero aun así esta base es la mejor que puede encontrarse. En efecto, para juzgar del valor de una marina, es preciso tomar en consideración multitud de factores que, aisladamente considerados, no son probatorios: tal sucede con el número de buques y de cañones, ya que á la vez es preciso examinar la velocidad, el espesor de las corazas, el radio de acción, etc. Pero, en suma, dado lo poco frecuentes que son las guerras por mar, no es posible todavía juzgar el verdadero valor de estos elementos. Y como los constructores navales siguen aproximadamente los mismos procedimientos en todos los países, cabe suponer que



Gran Bretaña 1.557.522 toneladas.

Francia 731.629 toneladas.

Rusia 453.899 toneladas.

Estados Unidos 303.070 toneladas.

Alemania 299.637 toneladas.

Italia 286.175 toneladas.

un buque inglés, por ejemplo, desempeñará un papel militar idéntico al de un buque francés de igual desplazamiento y de la misma edad.

La gráfica que reproducimos ofrece además el interés de que

46.818 de cruceros protegidos. Por supuesto, que estas cifras sufrirán dentro de poco alteraciones notables, porque cada una de las grandes potencias trabaja incesantemente para aumentar sus escuadras. - X.

cada escuadra está representada en ella por uno de los buques más notables que la componen: la Gran Bretaña por el *Royal Sovereign*, Francia por el *Jauréguiberry*, Rusia por el *Sissoy Veliky*, los Estados Unidos por el *Iowa*, é Italia por el *Sardegna*.

Para completar estas ligeras indicaciones (en las cuales no se incluye á los torpederos), diremos, fijándonos en el desplazamiento y sin tener en cuenta la edad de los buques, que la Gran Bretaña posee 660.334 toneladas de acorazados, 157.100 de guardacostas, 164.000 de cruceros acorazados, 486.460 de cruceros protegidos y 89.628 de cañoneros, etc. El total en Francia es de 731.629 toneladas, de las cuales 341.471 corresponden á acorazados, 147.249 á cruceros acorazados, 50.920 á guardacostas y 154.445 á cruceros protegidos. En Rusia encontramos 250.891 toneladas de acorazados, 90.432 de cruceros acorazados y 31.766 de cruceros protegidos, y en los Estados Unidos 143.130, 17.415 y 74.694 respectivamente. Por lo que toca á Alemania, las 299.637 toneladas de su flota se distribuyen en 168.158 para los acorazados, 10.650 para los cruceros acorazados, 54.510 para los cruceros protegidos y 39.539 para los guardacostas. En Italia las cifras correspondientes son: 182.814 toneladas de acorazados, 31.735 de cruceros acorazados y

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 DISPONEN CASI INSTANTANEAMENTE LOS ACCESOS DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 73, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ACRITUD DE LA SANGRE
ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES DE LA PIEL. Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 EL MISMO AL YODURO DE POTASIO TRATAMIENTO Complementario del ASMA. Soberano en Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Escrófula, Tuberculosis.
 102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con PEPTONA es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
 PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf Y EN TODAS FARMACIAS.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable. Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO. Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable. Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO. Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable. Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO. Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

CEREBRINA REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS Y NEURALGIAS. Suprime los Cólicos periódicos.
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS y MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias. Descrujar de las Imitaciones.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc. Empleado con el mejor éxito.

El más eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el más PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero. Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART. EN 1856. Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION BAJO LA FORMA DE ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO. de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

AVISO Á LAS SENORAS
EL APIOL DE LOS JORET-HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 FABRIANT 150 R. RIVOLI PARIS Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos Alivia y cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION y toda afeccion Espasmódica de las vias respiratorias.
ASMA
 25 años de éxito, Med. Oro y Plata J. PERRÉ y C^{ia}, P^{os}. 102, R. Richelieu, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria